

Selección

TERROR

EN LA BOCA DEL LOBO

LOU CARRIGAN

De pronto, se dio cuenta de que estaba notando algo en el rostro. Casi dolor.

Se pasó las manos por las mejillas, y respingó al notar la aspereza de la barba. Bueno, era una barba normal, de casi veinticuatro horas. Pero aquella rigidez en sus facciones… La luz de la luna daba de lleno sobre la cama, y durante unos segundos estuvo mirándola, como alucinado.

Tonterías. No noto nada extraño… Es que estoy demasiado tenso, preocupado… Eso es todo. ¿Qué otra cosa?

Se levantó para cerrar la ventana, y volvió a la cama.

Sólo tenía que esperar unas pocas horas, y sabría si podía continuar amándola…, o debía destrozarla, a ella y a él, a dentelladas, como haría un auténtico lobo gris, grande y fuerte, con cualquier enemigo.



Lou Carrigan

En la boca del lobo

Bolsilibros: Selección Terror - 183

ePub r1.1
xico_weno 21.11.17

Título original: *En la boca del lobo*
Lou Carrigan, 1976
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

—EXAGERACIONES —protestó Melville Roark—. Todo eso son exageraciones para mí, Alaska es un lugar tan bueno como cualquier otro para vivir. Sólo es cuestión de acostumbrarse.

—Quizá —admitió Nelson, el joven y ceñudo capataz de la Mc Kly Coal—. Pero precisamente, otra de las cosas difíciles de Alaska es acostumbrarse a ella. ¡Demonios, queda uno de nieve hasta aquí!

Al decir esto último, se tocó la nariz. Los demás invitados de la pequeña fiesta ofrecida por Melville Roark, rieron. Más que por la gracia de la expresión, porque, en su mayoría, estaban de acuerdo con Nelson, que, en definitiva acababa de exponer lo que todos pensaban sobre Alaska: estaban de nieve hasta las narices.

Roark frunció el ceño, y fue mirando uno a uno a sus buenos amigos reunidos en el pequeño, pero confortable chalet, que había hecho edificar cerca de la mina de su propiedad poco antes de casarse. Nelson, su capataz, un joven inteligente y trabajador. Desmond y Maury Saunders, el simpático matrimonio de mediana edad que habían sido tan amables con él desde que, casi cuatro años atrás, llegara a Alaska. El reverendo Forrester, hombre ya anciano, del que se decía que jamás aceptaría marcharse de Alaska. Louise, la bonita y sonriente muchacha que llevaba la mayor parte de los asuntos de las oficinas de la Mc Kly Coal, junto con Gordon Owells. Gordon Owells era algo así como secretario personal de Melville Roark, el cerebro que dirigía todos los asuntos de la mina, honrado, simpático, fiel, trabajador… De todas las «adquisiciones» que Melville había hecho en Alaska, posiblemente era Gordon Owells, la más satisfactoria.

A excepción, claro está, de la esposa de Melville Roark, la delicada, bonita, dulce y tímida Mae. Y joven. Melville Roark tenía cuarenta y dos años y Mae veinticuatro. Dieciocho años de diferencia, pero muy bien salvados por la prestancia y la potencia

física de Melville, que daba la impresión de estar en su mejor momento vital: alto, fuerte, decidido, tenaz, infatigable… En poco menos de cuatro años Melville Roark, que había llegado a Alaska con las manos en los bolsillos vacíos, era propietario de una mina de carbón que rendía lo suficiente para que se le considerase en la actualidad un hombre rico.

Y tres meses antes, tras decirse que había llegado a donde se proponía, Melville Roark se había casado. No había sido una boda de ésas por correspondencia, o preparada por computadores, sino por lo que él llamaba el «flechazo de su vida». Seis meses atrás había ido, como otras muchas veces, a Anchorage y allí había conocido a Mae, que trabajaba de dependienta en unos almacenes donde había de todo. Melville Roark había comprado lo que necesitaba, y había vuelto a Suntrana donde tenía su mina.

En los tres meses siguientes, había vuelto una docena de veces, nadie se explicaba por qué…, hasta que, la última, regresó casado con Mae. Entonces, al ver a la dulce muchacha rubia de grandes ojos azules los viajes de Melville a Anchorage quedaron plenamente justificados.

—Lo que os pasa a vosotros —dijo por fin Melville— es que no sois agradecidos.

—¿Qué quieres decir con eso? —se sorprendió Desmond Saunders.

—Es bien fácil de entender —Melville tomó una mano de su esposa, que estaba sentada junto a él en el sofá—. Por mi parte, le debo a Alaska todo lo que tengo, así que le estoy agradecido. Pero no soy el único que ha conseguido cosas buenas en Alaska, ¿verdad?

—Ésta es buena —rió el simpático Gordon Owells—. Además de que estamos rodeados de nieve la mayor parte del año, tenemos que trabajar… ¿Y tú quieres que estemos agradecidos al lugar donde trabajamos?

—Ganarás el pan con el sudor de tu frente —recordó bíblicamente el reverendo Forrester.

—Cierto —admitió Gordon—. Lo malo es que en Alaska no se suda. Hace demasiado frío. En cuanto a mí, puestos a estar agradecidos a algún lugar, lo haría con las islas Hawaii. Allí, no sólo se suda, sino que la vida es hermosa de verdad, música, palmeras,

sol, hermosas playas —entornó los ojos—, hawaianas que bailan a la luz de la luna y que consideran el amor como un regalo del cielo.

Hubo algunas risitas mientras el reverendo Forrester fruncía amablemente el ceño.

—Ésos son pensamientos pecaminosos, Gordon.

—¡Cómo! ¿El amor es un pensamiento pecaminoso? —saltó Owells.

Las risas fueron ahora más fuertes y nutridas. Y posiblemente la que más se oyó fue la de Melville Roark, que dijo:

—Estoy de acuerdo con Gordon —se inclinó hacia Mae, y la besó levemente en los labios, sonriendo ante la turbación de su esposa—. El amor nunca puede ser pecaminoso, querido amigo.

—Bueno… El tuyo y el de Mae, no, porque es una unión bendecida por el Señor. Pero el amor a que hacía referencia Gordon no entra en esas circunstancias, si he entendido bien. El amor…

—¡No, por favor! —Se aterró Nelson—. ¡Rollos moralistas ahora, no! Hemos venido a pasar un rato agradable y a despedir a dos buenos amigos, si no recuerdo mal. Y a beber *whisky* del bueno. ¿O no?

—Eso es cierto —sonrió Forrester, cuyo carácter era sencillamente encantador—. ¿Te sirvo otro trago?

—Le quedaré altamente agradecido.

—Otro para mí —alzó su vaso casi vacío Gordon.

—Sois unos desaprensivos —aseguró la preciosa Louise—. No se moleste, reverendo; yo les serviré esos tragos.

—Eres muy amable, hija mía —Forrester hizo un guiño con los ojos, lleno de picardía—. Y ya que tan amable eres, sírveme otro trago a mí, ¿quieres?

De nuevo rieron todos. Louise fue hacia el mueble bar, y Nelson se fue tras ella. Los dos comenzaron a cuchichear, mientras el reverendo Forrester los observaba discretamente, conteniendo una sonrisa. O él era un pobre tonto, o muy pronto aquella pareja iban a pedirle que se ocupase de ellos.

—¡Cuánto me gustaría acompañarte, Mae! —aseguró la señora Saunders—. No es que esté mal aquí, pero de cuando en cuando gusta dar un paseo por Anchorage.

—Mujer —protestó su marido—. Sabes que vamos cada mes. Y estás hablando como si te tuviese encerrada en una cárcel de nieve.

Además, estos días no estás demasiado bien, así que…

—Era un modo de hablar, marido —frunció el ceño Mary Saunders—. ¿Por qué tiene que sorprenderte que una mujer quiera ir con otra a un lugar lleno de tiendas donde gastar el dinero?

—Pues… no me sorprende. Pero recuerda que yo no soy Melville; ¡cuidado con los gastos! Y hablando de gastos —Saunders miró a Gordon Owells—. Gordon, muchacho, no te olvides de comprarme tabaco para mi pipa. Ya sabes cuál es mi preferido.

—Descuide, señor Saunders —tranquilizó Gordon—. Me las arreglaré para tener tiempo de comprar su tabaco.

—Me parece bien —intervino Melville—, pero no vayas a olvidarte de esa maquinaria por comprar tabaco para pipa, Gordon.

—No olvidaré nada, porque lo tengo todo apuntado. De todos modos, tratándose de comprar maquinaria, creo que deberías venir tú también, Melville.

—Sólo se trata de conseguir esos catálogos —recordó el propietario de la Mc Kly Coal—. Consigues la mayor cantidad posible, los clasificas como te dije, y me los tienes preparados para cuando yo llegue.

—Deberías acompañar a tu esposa —dijo Saunders—. Puedes permitirte ese lujo, Melville.

—Ese y otros —asintió Roark—. Lo que no puedo permitirme es estar dos o tres días corriendo tiendas para comprar ropitas de primavera para señoras: ni mis negocios, ni mis nervios lo soportarían. De modo que se van Mae y Gordon, ella hace sus compras, él consigue los catálogos y los clasifica, y cuando yo llegue, en un solo día todo solucionado. ¡Y de vuelta a casa!

—Pues si yo tuviese que elegir entre estar con mi mina o estar con mi esposa —dijo Nelson, regresando con *whisky* para todos—, preferiría estar con mi esposa.

—Me estáis irritando —refunfuñó Melville—. Anchorage está sólo a doscientas cincuenta millas, y Mae va segura con Gordon. Los dos tienen cosas que hacer allí y yo tengo cosas que hacer aquí. En cuanto a estar con mi esposa —deslizó un brazo por la cintura de la silenciosa Mae—, afortunadamente, puedo estar con ella siempre que lo deseo.

—Que no es poco —dijo Nelson, repartiendo los vasos, alzó el suyo y dijo—: ¡Por Alaska!

—Por Alaska —aceptó Melville—. Tierra llena de oro de plata, de carbón, de petróleo, de cobre, de hierro, de mercurio…

—Y de lobos —dijo Nelson.

Mae Roark se estremeció pero su marido la abrazó con más fuerza, sonriendo.

—Y de lobos, en efecto. Hermosos y poderosos lobos…

—Sanguinarios lobos —intercaló Nelson.

—Todos somos sanguinarios —disculpó Melville.

—Pero…, ¿qué dice este hombre? —Respingó Mary Saunders.

—Querida mía, lo que he dicho, dicho está. Todos somos sanguinarios. Y si no, pregúntaselo a tu marido, que tiene como plato preferido la carne poco hecha; hemos comido juntos muchas veces, y, si no recuerdo mal, cuando él corta su filete de carne, todavía aparece sangre fresca que cae al plato.

—Eso es cierto —rió Gordon—, yo también lo he visto, señor Saunders. Y usted.

—Sí… Sí, claro, pero…

—Pero, claro, somos nosotros los que comemos carne de animal. Y nadie nos llama sanguinarios —refunfuñó Melville—. En cambio, los lobos sí son sanguinarios, ¿verdad? Bueno: pues hacen lo mismo que nosotros exactamente, o sea, comen carne cuando tienen hambre… Y pueden saciarla. En cuanto a…

—Por favor, Melville —susurró Mae—, no hables de lobos. Sabes que les tengo un miedo espantoso, querido.

—No deberías tenerles miedo —sonrió su marido—, porque precisamente, yo soy un lobo.

—Interesante aserto —deslizó irónicamente Nelson.

—¿Te hace gracia lo que he dicho, Nelson?

—Pues, francamente, no creo que nadie admita en lo más mínimo eso de que una persona pueda ser un poco lobo.

—Va a resultar que Melville es un hombre lobo —rió Gordon.

—¡No me gustan estas bromas! —exclamó Mae.

—No he querido asustarte, Mae —se condolió Gordon—. Perdóname. Además, caramba, yo creo que está bien claro que tu marido no tiene nada de lobo.

—En eso te equivocas —dijo Melville.

—¡Melville! —Respingó Mae.

—Vamos, vamos —rezongó el reverendo Forrester—. Déjate de

tonterías, Melville.

—No me entienden. Ninguno de ustedes me entiende —dijo Roark, como dolido—. Ni entienden a Alaska. Yo llevo aquí cuatro años y me he compenetrado con esta tierra…

—Querrá decir con esta nieve —rió Gordon.

Los demás también rieron, mientras el ceño de Melville Roark volvía a fruncirse.

—No me entienden —movió la cabeza—. No es que yo sea un hombre lobo, sino que comprendo a los lobos. Todo hay que comprenderlo. Y además, igual que la propia Alaska, los lobos me gustan.

—¡Qué barbaridad! —exclamó la señora Saunders—. ¡Decir que le gustan los lobos!

—¿Y por qué no? Son también criaturas de la tierra, y, por tanto, debemos pensar que, como nosotros mismos, son obras de Dios… ¿O no, reverendo?

—Bueno —vaciló Forrester—. Vaya, Melville.

—No me diga que hay algo en la Tierra que no es obra de Dios —le miró burlonamente Melville.

—Por supuesto que no digo eso —se mosqueó Forrester.

—Entonces, los lobos también son criaturas de Dios, ¿no?

—Sí… Claro.

—Y no peores que los hombres. Tienen hambre, así que matan y comen. Igual que nosotros, en suma. Francamente, no me disgustaría ser lobo en mi próxima existencia.

—Pues si así sucede, será mejor que me avise si se pone delante mío —deslizó con excelente humor Nelson—, o le meteré un par de balas en las narices.

—No me parece cosa de broma —se estremeció Louise—. ¿Por qué no habláis de otra cosa?

—¿De qué cosa mejor se puede hablar en una noche de luna que de lobos? —rechazó Nelson—. Porque, damas y caballeros, esta noche hay luna llena, por si ustedes no lo sabían. Lo cual quiere decir que el cielo está despejado, que no está nevando. Y debo admitir que una noche así, es espléndida. Quizá todos comprendamos un poco mejor el amor de Melville por Alaska si vemos la noche como ha de verse… Y la vamos a ver.

Se dirigió rápidamente hacia el interruptor, y apagó la luz. Las

tres mujeres gritaron asustadas cuando el saloncito de la casa, de momento, pareció completamente a oscuras. Pero, en el acto, la luz de los troncos que ardían en la chimenea inundó sus pupilas…

—¡Nelson, no seas estúpido! —chilló Louise—. ¡Enciende la luz!

—Un momento —pidió Melville—. Un momento, Nelson. Has tenido una buena idea. ¿Por qué ponernos nerviosos? Estamos reunidos un grupo de buenos amigos, encerrados en una confortable casa, tenemos calor, armas, paredes para protegernos. Ningún lobo podría llegar hasta nosotros. En cambio, ahí fuera, tenemos la noche de Alaska. Una noche despejada, de primavera, con luna… Seamos consecuentes; ¿por qué no gozar del bello espectáculo? Ven, Mae.

—No, no…

—Vamos querida, no seas niña. Nada puede ocurrir, salvo que contemplemos la noche fría y transparente de Alaska. Ven.

Tiraba de ella, pero Mae se resistía, casi sollozando.

—No, no. ¡No quiero moverme de aquí!

—Está bien. Iré yo a mirar por la ventana. Vale la pena.

—Estás muy antipático esta noche —reprochó agudamente la señora Saunders.

—No digas tonterías —reprendió su marido—. Melville tiene razón, es una hermosa noche, y ésta es una reunión agradable de amigos, de personas adultas. Temer algo sería propio de niños, Mary.

Por poco que se pensase, Desmond Saunders tenía toda la razón del mundo. Pero, algo que los inquietaba a todos, incluso a los que no querían admitirlo ni siquiera con un gesto o un comentario. Las llamas ponían un tono rojo en el salón, en todos los rostros, en todas las cosas. Si no se hubiese hablado de lobos y de hombres lobos, la situación les habría parecido a todos encantadora. Pero…

Melville Roark, mientras tanto, había llegado a la amplia ventana, y descorrió las gruesas cortinas.

Inmediatamente, una densa luz de color plata lo iluminó y se extendió en el suelo de madera por detrás de él. El contraste entre la luz de la chimenea y la de la luna eran fantástico, admirable. Y sólo podía ser descrito como poético.

Pero hubo un estremecimiento general.

—Venid —invitó Melville—. Venid a contemplar la luna, las

estrellas, el cielo. Nunca veréis nada mejor.

—¡Qué demonios! —Se puso en pie Saunders—. ¡Yo creo que tiene razón!

Se acercó a la ventana, y quedó junto a Melville Roark, que miraba embelesado hacia el cielo. Parecía de terciopelo, lleno de luces, que la luna hacía palidecer. Era una noche serena como pocas.

Melville Roark abrió la ventana completamente, y una ráfaga de aire frío y seco entró en el saloncito, mientras se oían los nuevos gritos de las mujeres, en especial los de Mae. Melville se volvió, miró a su esposa acurrucada en el sofá, y movió la cabeza con gesto de pesar.

—Espero que te vayas acostumbrando, querida —murmuró.

—Cierra —pidió ella—. Por favor, Melville, cierra.

—Está bien —él cerró la ventana, y se volvió de nuevo hacia el centro del saloncito—. Pero una noche así me hace insistir en lo dicho antes: no me importaría ser lobo en mi próxima reencarnación. Un enorme, poderoso, hermoso y fiero lobo gris. El lobo más grande de la manada, el jefe, el más fuerte. De momento, al menos ya sé aullar como si lo fuese —sonrió, alzó la cabeza hacia la luna, y gritó—: ¡Auuuu…! ¡Auuuu…!

Mae emitió un grito de terror, mientras los demás respingaban. Louise corrió hacia el interruptor, y encendiendo la luz, sin que Nelson se opusiera. Ella le miró enseguida, demudada, pero no dijo nada al ver que también Nelson estaba un poco impresionado.

—Qué velada tan encantadora —farfulló Gordon, acercándose a Mae y tomándole una mano—. ¿Estás bien, Mae?

—Sí, sí. Gracias, Gordon.

—Francamente —dijo el reverendo—. Casi me siento impresionado yo también. Creo que debemos dejar esta broma, Melville. No es que tenga tanta importancia como le está dando Mae, pero… podemos charlar de otras cosas.

Melville sonrió, encogió los hombros, y fue hacia su esposa, a la que tan solícitamente atendía Gordon Owells. Él era un hombre recio y sensato, y no podía comprender aquellas actitudes, pero, ciertamente, si a los demás les disgustaban sus bromas, no tenía por qué insistir en ellas.

La llamada a la puerta de la casa los sobresaltó a todos, en

especial a Saunders, que estaba corriendo de nuevo las cortinas. Pero simultáneamente, oían la voz humana, que los tranquilizó:

—¡Señor Roark! ¿Ocurre algo?

—Ése es Charlie —dijo Melville, desviando su marcha hacia el sofá—. Yo abriré.

CAPÍTULO II

SALIÓ del saloncito, y cruzó el pequeño vestíbulo, hacia la puerta de la casa. Dio la luz, bajó la mano hacia la manilla de la puerta…, y entonces vio el sobre en el suelo. Se inclinó, lo recogió, y lo miró por ambos lados, sorprendido al no encontrar nada escrito…

—¡Señor Roark! —Seguían gritando afuera—. ¡Señora Roark! ¿Están bien?

Melville Roark abrió la puerta, y, en efecto, allá estaba Charlie Fenton, muy inquieto, como dispuesto a cargar contra la puerta.

—Hola, Charlie —saludó sonriente Roark—. Pasa a tomar un trago.

—¡Señor Roark! ¿Qué pasa?

—Que yo sepa, nada, hombre. Anda, pasa.

Charlie entró, mirando preocupado a todos lados.

—Usted va a decir que estoy loco, señor Roark, pero… juraría haber oído un lobo dentro de la casa mientras llegaba.

—Lo has oído —rió Melville—. Seguro que lo has oído. Y vas a volver a oírlo. Escucha: ¡Auuuu!

En el primer segundo, Charlie Fenton respingó y casi dio un salto. Enseguida, tras toda una gama de expresiones en su simpático rostro pecoso, se echó a reír.

—¡Caracoles, señor Roark! —exclamó—. ¡Es una imitación formidable! ¡Podría engañar a los mismísimos lobos!

—Es que tengo algo de lobo —rió de nuevo Melville—. Pero no se lo digas a nadie. ¿Tú has traído esto?

Mostró el sobre blanco sin inscripción alguna. Charlie negó con la cabeza, todavía sonriendo.

—No, no…

—Estaba junto a la puerta… Bueno, lo habrá echado alguien por debajo. Vamos a por ese trago.

Le puso una mano en un hombro, y ambos fueron hacia el

saloncito. Cuando aparecieron allí, todos miraban hacia la puerta, silenciosos, un poco tensos.

—Aquí tenemos al buen Charlie —exclamó alegremente Roark —. Y él sí entiende de lobos; asegura que con mis aullidos podría engañarlos a ellos mismos. ¿No es cierto, Charlie?

—Sí, señor Roark. Buenas noches a todos.

Hubo un murmullo de respuesta. Charlie miraba de unos a otros, un tanto desconcertado pero no hizo comentarios.

—Nelson, por favor, sírvele un trago a Charlie, ¿quieres? —pidió Melville—. ¿Y bien, Charlie? ¿Está lista la avioneta?

—Sí señor. Precisamente venía a decírselo.

—¿Cuál era la avería? —se interesó Gordon.

—Se va a reír si se lo digo: un carburador. Pero todo está bien, señor Owells. Mañana al mediodía podemos volar a Anchorage.

—Charlie, ya sabes que vas a llevar a mi esposa —musitó Melville—, así que como tu maldita avioneta no responda…

—Le aseguro que responderá, señor Roark. Ya sabe que nunca salgo si no estoy seguro de que todo funciona. Y tengo muy buenos motivos para ello.

—¿Qué motivos?

—Caracoles, señor Roark… ¡Qué yo también voy en ella!

Hubo algunas risas, gracias a Charlie. Nelson se acercó a preguntarle algo sobre los carburadores, mientras le tendía un vaso de *whisky*. El reverendo Forrester recordó de pronto una anécdota, mientras Louise y la señora Saunders murmuraban algo en elogioso intento de hacer olvidar rápidamente a Mae la conversación sobre los lobos.

Melville Roark se dejó caer en un sillón, junto al fuego, y abrió el sobre, distraído, más pendiente de la expresión de su mujer que de la carta. Sólo cuando estuvo desplegado el papel ante sus ojos, dejó de mirar a Mae para atender a la misiva.

Estaba escrita con letras mayúsculas, y decía:

«LO MALO DE CONFIAR EN QUIENES NOS RODEAN ES QUE NOS ENGAÑAN. MIENTRAS USTED TRABAJA EN LA MINA, SU SECRETARIO Y BUEN AMIGO, GORDON OWELLS, VISITA DISCRETAMENTE A SU ESPOSA. LO QUE HACEN YA NO ES TAN DISCRETO. ES DE ESPERAR QUE LOS DOS LO PASARÁN ESTUPENDAMENTE EN ANCHORAGE… MIENTRAS USTED SIGUE

TRABAJANDO. Y SI NO CREE LO QUE LE DIGO VENGA USTED INESPERADAMENTE A SU CASA MAÑANA POR LA MAÑANA ESO DE LAS DIEZ SIN QUE NADIE PUEDA VERLE, CUANDO TODOS CREAN QUE ESTÁ EN ALGUNA GALERÍA DE LA MINA. SEGURAMENTE LOS SORPRENDERÁ MUY JUNTOS. SIENTO DECÍRSELO, PERO TENGO QUE HACERLO, PORQUE SOY SU AMIGO».

Melville Roark permaneció inmóvil, con los ojos fijos en aquellas letras mayúsculas. No había reaccionado en modo alguno, pero a pesar de estar junto al fuego, sentía las manos y el rostro como sumergido en hielo.

Un cochino anónimo.

Eso era aquel papel; un cochino y miserable anónimo.

Pero… ¿podía ser verdad? Es cierto que a veces hay personas insidiosas que se dedican a molestar a los demás, y que, en muchos casos, los anónimos sólo sirven para crear situaciones violentas, para sembrar cizaña entre personas felices. Pero…, también era cierto que, en ocasiones, los anónimos decían la verdad. Una verdad que generalmente el interesado era el último en llegar a conocer. Y no siempre, pues a veces se vivía años y años sin enterarse uno de nada, precisamente por confiar en las personas que le rodean.

Lentamente, Melville dirigió la mirada hacia su esposa, que conversaba desfallecidamente con Louise Saunders. ¿Podía ser verdad? Era tan… tan angelical, tan dulce, tan cariñosa y sumisa… Y tan medrosa… ¿Podía una muchacha que siempre tenía miedo a todo hacer semejantes cosas? Porque, indudablemente, engañar al marido en la propia casa, y con el hombre de confianza del marido era todo un riesgo. ¿Era capaz Mae de hacerlo?

En aquel mismo momento, Melville habría jurado que no. No, no era posible. Pero ¿quién era Mae, después de todo? ¿De qué la conocía? La había visto hacía seis meses en aquellos almacenes de Anchorage, había vuelto varias veces, la había cortejado, y se había casado con ella hacía tres meses. En verdad, sabía bien poco sobre ella.

¿Y sobre Gordon?

Su mirada fue ahora hacia el hombre que hacía tiempo que era su brazo derecho. Inteligente, educado, simpático…, y joven y muy atractivo. Y ambicioso. Aunque esto no debía tener nada que ver en

el supuesto asunto. O sí, pero al contrario, ya que lo único que podía esperar Gordon si él se enteraba de aquel asunto, era el despido. Eso, como lo menos malo, porque él era capaz de partirle la cabeza a quien fuese capaz de traicionarle, de humillarlo de aquel modo. Y Gordon lo sabía perfectamente.

Con disimulo, Melville Roark fue mirando a su esposa, a Gordon Owells, y de éste a su esposa. Sí… Formaban una bonita pareja. Los dos tan hermosos, tan jóvenes. Poco antes, Gordon había tomado a Mae de una mano. Lo había visto. Lo habían visto todos. Pero, desde luego, nadie le había dado importancia a aquel gesto de afecto, que podía haberlo realizado incluso el propio reverendo Forrester. Tomar una mano a una mujer asustada no significa nada censurable, sin duda. Al contrario. Es un gesto de amabilidad, de afecto, que…

—¿Ocurre algo, Melville?

Roark se enderezó, pero dominando muy bien su sobresalto. Miró a Gordon, que era quien le había hecho la pregunta, aún sentado ante el reverendo, pero mirándole a él muy atentamente.

—No… Nada, Gordon.

—¿Es una carta?

Melville miró el anónimo, y movió negativamente la cabeza.

—No… Son unas notas que tomé esta mañana, las metí en un sobre, y lo guardé en un bolsillo. Lo he encontrado en el vestíbulo al abrirle la puerta a Charlie: debió caérseme al llegar… No tiene importancia.

Tiró el sobre y el anónimo al fuego, que devoró el papel inmediatamente. Luego, con gesto despreocupado, se acercó al sofá, y se sentó junto a Mae, sonriendo al fin.

—Me parece que he sido un poco estúpido, ¿verdad?

—No —sonrió ella—. No, Melville.

—Pero te asusté.

—Sí. Es que… es que los lobos. Bueno, no sé. Comprendo que he sido un poco tonta, querido. Perdóname.

—Me parece que debería ser yo quien pidiese perdón. Pero no discutiremos por eso.

—Desde luego, tienes unas bromas muy poco agradables —intervino la señora Saunders.

—A mí me asustó cuando aulló —dijo hoscamente Louise—.

Parecía un lobo de verdad. Una vez…

—Vamos a desviar la conversación, ¿de acuerdo? —propuso Melville—. No quisiera asustar más a Mae.

—Ésa es una excelente idea —dijo Mary Saunders.

—Así lo pienso. Oye, Gordon…

Gordon Owells miró hacia ellos, sonrió, y se apresuró a aprovechar la ocasión para privarse de la larga anécdota del reverendo, acercándose al sofá.

—¿Sí, Melville? ¿Qué hay?

—Mañana no podré dejar la mina para despedir a Mae. Tengo que revisar la galería que…

—Oh, Melville… —protestó Mae.

—Lo siento, querida. No había pensado en ello hasta ver esas notas que tomé por la mañana. Nos despediremos después del desayuno, si no te importa. Así, dejaré las cosas bien preparadas para cuando tenga que irme yo también para reunirme con vosotros.

—Si quieres que yo me encargue de eso… —se ofreció Gordon Owells—. ¿Qué galería…?

—No, no, no. Tú pasas por la oficina, recoges lo que necesites, y luego hasta la hora de subir a la avioneta de Charlie te dedicas a solucionar pequeñas cosas en el pueblo. A las doce aproximadamente vienes a buscar a Mae y la llevas a la avioneta. Lo prefiero así; cada cosa a su tiempo. Además —sonrió—, Mae y yo tenemos toda la noche por delante para estar juntos. ¿Qué más da que nos despidamos mañana a las ocho que a las doce?

—Eso también es verdad —admitió Owells—. Pero, en fin, es cosa vuestra.

—Está decidido —dijo Melville.

—Bueno —se resignó Mae—. Realmente, Melville tiene razón. Lo mismo da despedirse a las ocho que a las doce.

Melville sonrió.

—Sin contar —deslizó con simpática malicia Mary Saunders—, con que, en efecto, tenéis toda la noche por delante.

—Y yo diría que una hermosa noche —rió Louise.

Todos rieron. Melville miraba con naturalidad a Gordon y a Mae, pero no vio en ellos el menor detalle revelador, ni la más insignificante expresión que pudiera orientarle hacia una decisión

sobre si debía creer las acusaciones del anónimo. De todos modos, su decisión estaba tomada; en principio había dicho ya bien claramente que no podía acudir desde la mina a despedir a su esposa…, y lo que haría sería «perderse» por las galerías, salir por cualquier lugar adecuado, pues nadie conocía la mina tan bien como él, y llegaría a su casa hacia las diez, sin que nadie le viera.

Si Mae estaba sola, preparando sus cosas para el viaje, le diría que había conseguido hacer una escapada para darle otro beso de despedida, y eso le gustaría a ella. Si Gordon estaba allí, y ambos en situación… comprometida, lo mataría. Lo mataría como a un perro asqueroso que muerde la mano que le da de comer.

No perdía nada asegurándose de las cosas. Y ganaría tranquilidad si se convencía de que aquel cochino anónimo era un acto odioso de algún desaprensivo.

Porque de pronto, Melville Roark se estaba dando cuenta de que Mae era para él algo más que una linda muñequita que se había comprado en unos almacenes de Anchorage.

Realmente la amaba.

* * *

Sí… La amaba.

La amaba de verdad, profundamente.

Se convenció definitivamente de ello mientras la contemplaba a su lado, dormida después del amor que en modo alguno le había escatimado Mae.

«Tiene que ser mentira», pensó Melville.

Una asquerosa mentira. Todavía notaba en sus labios la suavidad y tibieza de los de ella. Mae tenía los labios gorditos, tiernos, deliciosos… Toda ella era deliciosa. Dormida, parecía una niña, bellísima con la boquita entreabierta. Pero su cuerpo no era de niña…:

Se había quedado dormida con los brazos y parte del busto fuera de las ropas de la cama, ladeada la cabeza, con una mano cerca del dulce rostro. Aquella noche se había puesto precisamente el camisón que él le había regalado para la noche de bodas. Era de color blanco. Blanquísimo. Tenía sólo unos tirantes delgadísimos para sujetar a los hombros, y un escote tremendo. Ella había accedido a que él abriese la ventana, para amarse a la luz de la luna. Y había sido tan maravilloso… Como siempre.

Durante un par de minutos, Melville Roark estuvo mirando el delicado cuello de su esposa, la dulce línea del seno que escapaba del camisón, la boquita entreabierta.

—Tiene que ser mentira —se insistió a sí mismo.

Se inclinó, y besó la tibia carne que parecía de plata. Todo había valido la pena con tal de tener ahora una esposa como Mae: la dura vida, el trabajo incesante. Ahora, tenía la Mc Kly Coal. El nombre era un arreglo de la palabra Mc Kinley, el monte más alto de Alaska, que en los cinco días claros se veía a lo lejos, siempre cubierto de nieve… Y tenía a Mae.

De pronto, se dio cuenta de que estaba notando algo en el rostro. Casi dolor.

Se pasó las manos por las mejillas, y respingó al notar la aspereza de la barba. Bueno, era una barba normal, de casi veinticuatro horas. Pero aquella rigidez en sus facciones… La luz de la luna daba de lleno sobre la cama, y durante unos segundos estuvo mirándola, como alucinado.

—Tonterías. No noto nada extraño… Es que estoy demasiado tenso, preocupado… Eso es todo. ¿Qué otra cosa?

Se levantó para cerrar la ventana, y volvió a la cama.

Sólo tenía que esperar unas pocas horas, y sabría si podía continuar amando a Mae…, o debía destrozarla, a ella y a Gordon, a dentelladas, como haría un auténtico lobo gris, grande y fuerte, con cualquier enemigo.

CAPÍTULO III

NO tuvo la menor dificultad en cumplir sus propósitos.

A las diez y un par de minutos estaba ante la puerta de su casa, algo apartada del pueblo. Y nadie le había visto salir de la mina, ni llegar allí, a la casa. Para todo el mundo, Melville Roark estaba en aquellos momentos en una de las galerías de su mina, a la que había querido entrar solo, para revisar algunos puntales.

Todo perfecto.

Se sacudió la nieve, y miró a todos lados, para asegurarse por última vez de que nadie le veía. Volvía a nevar, de modo que incluso las huellas de sus pasos quedarían muy pronto borradas por la nieve.

Sacó la llave, abrió con gran cuidado, y entró, sigilosamente. Si Mae estaba sola, le daría una sorpresa, y sonreiría, y la besaría, y tendrían una… despedida muy cariñosa. ¿Por qué no? Pero si no estaba sola…

Desde el vestíbulo, oyó el rumor procedente del dormitorio. Parecían pasos. Pasos amortiguados.

Muy bien.

Se deslizó silenciosamente hacia allí, y vio la puerta cerrada. Aplicó el oído a la madera…, y volvió a oír los pasos. Y algunos sonidos que no pudo identificar. Tomó aire profundamente, y, apretando con la mano derecha la pistola que llevaba en el bolsillo del chaquetón de piel, asió con la izquierda la manilla, la bajó, y empujó, con fuerza, velozmente pero sin hacer el menor ruido.

Enseguida vio a Mae.

Estaba ante los pies de la cama de espaldas a él, todavía en camisón y bata, inclinada sobre una maleta abierta, en la que iba colocando sus cosas para el viaje. Pocas, ya que precisamente, iba a Anchorage a comprar un nuevo equipo para la primavera, que él le había ofrecido, sabiendo que la haría feliz con eso.

Allá estaba Mae, sola, preparando su equipaje para unos pocos días fuera de casa. Sola, con los cabellos sueltos encantadora en la intimidad. Una intimidad absoluta, pues debía considerarse a solas completamente… Por un instante, Melville Roark sintió algo que debían ser remordimientos, o vergüenza por haber dudado de su esposa, y estuvo tentado de marcharse tan silenciosamente como había llegado. Podía volver a la galería de la mina, y aparecer ante sus empleados como si hubiese estado allí en todo momento. Nadie sabría que había sido tan sucio de creer en un anónimo miserable…

Y en aquel brevísimo espacio de tiempo que estuvo dudando, Mae se volvió, hacia el abierto armario, del cual estaba sacando sus ropas.

La muchacha lo vio entonces plantado allí. Respingó, dio un gritito y se quedó mirándolo con ojos desorbitados un instante, antes de poder exclamar:

—¡Melville!

—Hola, mi amor —sonrió él.

—Dios mío, ¡qué susto me has dado! —Mae se sentó a los pies de la cama, como aniquilada.

—Lo siento… Lo siento de veras. Tuve la oportunidad de salir un momento, y quise venir a decirte adiós otra vez.

—Pero si apenas hace dos horas que te fuiste. Y… ¡Me has dado un susto terrible!

Melville Roark se acercó, la tomó por los brazos, y la puso en pie, para estrecharla contra su pecho. Sentía deseos de reír, y al mismo tiempo de darse golpes, por canalla. Aunque no… Los golpes los iba a guardar para el autor del anónimo, si llegaba a saber quién había sido.

—Perdóname —musitó—. No era mi intención asustarte, querida.

—Pues todavía estoy temblando —ella alzó la cabeza, y sonrió —. Y ya que estás aquí, ¿por qué no me tranquilizas?

Roark besó a su mujer en los labios, mientras notaba aquella especie de zumbido de felicidad en las sienes. Afuera hacía frío, pero el cuerpo de Mae estaba siempre tibio, tan dulce, tan fino… Y su boca era tan tierna.

Ella se apartó, sonriendo dulcemente, pero reprochando:

—Me vas a ahogar… ¡Y además es muy tarde y todavía tengo

muchas cosas que hacer! No olvides que Gordon va a pasar a buscarme a las doce.

—No lo olvido. ¿No ha venido por aquí?

—¿Quién, Gordon?

—Sí, él.

Mae se quedó mirándolo estupefacta.

—¿Y qué tendría que hacer aquí Gordon ahora? —Se pasmó.

—Pues nada, en efecto. No sé… Se me ha ocurrido.

—Qué tontería… Bueno, ayúdame. ¿O tienes que marcharte inmediatamente?

—Te ayudaré.

—¡Estupendo! —exclamó ella; le dio un besito en la barbilla, riendo, y señaló el armario—. Ve sacando las ropas que vamos a regalarle a la señora Davidson, vendrá a buscarlas esta tarde, cuando regreses de la mina.

—¿Esta tarde? ¿Por qué no espera a que vuelvas?

—Porque yo se lo pedí, querido. Cuando vuelva, voy a tener ropas nuevas con que llenar ese armario, y no quiero ver todavía aquí las viejas… ¿De acuerdo?

—De acuerdo —rió Roark—. ¿Dónde las dejo?

—Sobre la cama… Mientras tanto, yo termino con mi maleta. O mejor, voy al garaje a buscar un papel fuerte para hacer un paquete con todo…

—No, no… Ya voy yo al garaje. Tendrías frío, vestida así.

—Bueno —rió ella—, ya sé que no soy una admiradora de Alaska, ni una esquimal, precisamente, pero me voy acostumbrando a todo mi amor. Iremos los dos. Tú no sabrías donde tengo las cosas. ¿Cómo has podido venir? —Se abrazó a su cintura, y comenzó a caminar hacia la puerta del dormitorio—. Creí que era muy importante lo que tenías que hacer esta mañana.

—No tan importante como tenerte abrazada —sonrió él—. Y como soy el amo, puedo hacer lo que quiera… Vas a tener frío.

—Qué tonterías dices. Precisamente tenemos la instalación de la calefacción en el garaje, y voy a tener frío allí… Melville: ¿por qué me has preguntado si Gordon había venido?

—Por nada, ya te lo he dicho. Se me ha ocurrido. Como vais a ir juntos a Anchorage… Demonios, no sé. No tiene importancia alguna, querida.

Llegaron a la cocina, abrazados. Melville abrió la puerta que comunicaba con el garaje, y Mae entró y encendió la luz. Miraba a su marido con expresión atenta, expectante, al parecer todavía especulando sobre aquella pregunta…

Y recibió el primer hachazo en plena espalda.

Justamente desde la quinta vértebra hacia abajo.

Fue un golpe tremendo, que lo empujó violentísimamente hacia Mae, la cual se apartó ágilmente, gritando:

—¡Mátalo, mátalo enseguida!

Melville Roark cayó de bruces, notando en todo su cuerpo un intenso, inmenso dolor, y un frío terrible, paralizante… Pero consiguió volverse, y pudo ver a Gordon Owells, su hombre de confianza, avanzando hacia él, hacha en alto. Un hacha enorme, de gruesa hoja afiladísima, que Melville había utilizado cientos de veces para cortar troncos para la chimenea; era un ejercicio que siempre le había gustado.

Pudo ver el demudado rostro de Gordon Owells, que iba vestido con un mono azul, de los que utilizaban en las minas. Pudo ver sus ojos desorbitados, su gesto crispado… Pero sobre todo, Melville Roark pudo ver el hacha sobre su cabeza, mientras, como muy lejos, llegaba la aguda, apremiante, casi histérica voz de su querida esposa:

—¡Mátalo enseguida, acaba con él!

Ni siquiera pensó, recordó, que en un bolsillo tenía una pistola. Además, posiblemente no habría tenido tiempo de utilizarla.

El hacha bajó, centelleante en la parte no manchada todavía por la sangre, y como algo extraño, lejano, ajeno a sí mismo, Melville Roark oyó el crujir de su esternón, de sus costillas, de todo su pecho…

Y eso fue todo.

Para él, al menos. Porque no se enteró del siguiente hachazo, asimismo en el pecho, ni del último, en plena frente…

Gordon Owells quedó de pie ante él, jadeante, con los ojos poco menos que fuera de las órbitas, el rostro lívido como el de un cadáver, temblando de pies a cabeza. Durante unos segundos, a excepción de su jadeo, el silencio fue total en el garaje de los Roark. Hasta que por fin, Gordon y Mae se miraron, como alucinados.

—Ya… ya está hecho —jadeó Gordon—. Ahora te toca a ti. Yo…

yo tengo que marcharme, para que nadie… note mi… ausencia… por demasiado tiempo.

Puso el hacha en manos de Mae, que pareció a punto de desplomarse por el peso. Pero no era para tanto, y consiguió permanecer erguida, sosteniendo el hacha, tragando saliva con dificultad, mientras Gordon se quitaba el mono salpicado de sangre, con gran cuidado.

Se acercó a la caldera de la calefacción, que funcionaba con carbón, naturalmente, en la casa del propietario de una mina…

Abrió la pesada portilla, y del interior escapó inmediatamente una intensa oleada de calor y un resplandor rojo. No era precisamente carbón lo que se economizaba en aquella casa, y la caldera, por ser cierto, era de grandes dimensiones.

Pero dijo, volviéndose hacia Mae:

—Debiéramos echar más carbón.

Ella no contestó. Estaba con la mirada fija en el cadáver de Melville Roark; el cadáver de su marido Muy fija la mirada de sus ojos alucinados. Y Owells estuvo seguro de que no le había oído.

Se acercó a ella y la tomó de un brazo.

—Mae…

La reciente viuda reaccionó de modo inesperado, se desasió bruscamente, chillando:

—¡No me toques! ¡No me toques!

Gordon Owells se asustó, y durante unos segundos no supo qué hacer. Pero volvió a acercarse a ella, y a tomarla de un brazo.

—Mae, tienes que reaccionar… ¡Lo hemos hecho! ¡Hemos hecho lo que queríamos!

—No… No, no, no. ¡Yo no quería hacerlo, no! ¡Has sido tú, tú le has matado, tú le has…!

¡Plaf! Resonó la fortísima bofetada de Gordon en la mejilla derecha de Mae. Fue un golpe tan fuerte, que la muchacha se tambaleó, y él tuvo que apresurarse a sujetarla para que no cayera. La tomó esta vez de los brazos, y la sacudió. Los dos estaban lívidos como cadáveres.

—¡Fuimos los dos! —gritó Gordon—. ¡Lo planeamos los dos, y lo hemos hecho los dos! ¡Yo he hecho ya mi parte, y tú tienes que hacer la tuya ahora!

—No… No… No…

—Mae… Mae, Mae —el tono de Gordon bajó, se hizo amable en lo posible, dentro de la gran tensión—. Querida, lo pensamos los dos, y ya hemos hecho la primera parte. La he hecho yo, era la más difícil… Ahora te toca a ti. Por favor, serénate, y todo irá bien. Por favor, Mae, por favor…

Ella aspiró profundamente, y su cabeza cayó blandamente sobre el pecho.

—Sí —musitó—. Sí, Gordon.

—Así está mejor… No debemos temer nada. Él leyó la carta que yo mismo dejé caer delante de la puerta, cayó en la trampa, y ha venido sin que nadie lo sepa, tal como planeamos. Para todo el mundo, Melville está ahora en una galería de la mina, nadie tiene por qué pensar que ha venido aquí. La carta la quemó él mismo, así que no queda ninguna prueba de nada.

—Lo… Lo buscarán en la mina.

—Lo sé. Pero eso no importa. Jamás lo encontrarán, naturalmente. Y donde menos se les ocurrirá buscarlo sería en su casa. Nosotros sólo tenemos que seguir la corriente, de aquí en adelante. Y dentro de poco tiempo, nos casaremos, venderemos la mina, que habrás heredado, y nos iremos a vivir a Estados Unidos… Adonde tú quieras, Mae.

—Sí… Sí, está bien.

—Eso es. Todo está bien, todo va bien. ¿Puedo irme tranquilo, con la seguridad de que harás el resto?

—Sí.

—Mae, si no lo haces estaremos perdidos.

—Lo… lo voy a hacer, sí.

—Está bien… Voy a echar un poco más de carbón en el horno. Y luego, tú echas un poco más.

—Sí…

Con una pala, Gordon Owells echó una buena cantidad de carbón al horno, cuyo resplandor rojo bajó. Pero no importaba, dentro de muy poco, el calor sería mucho mayor allí dentro. Cualquiera cosa que se echase sería quemada, fundida, absorbida. Desaparecería para siempre.

Dejó la pala, y volvió a mirar a Mae, que parecía algo más serena.

—No puedo entretenerme más —murmuró—. Hasta luego. No

olvides nada.

—No…

Gordon Owells abrió la puerta del garaje, la que daba al exterior, y estuvo unos segundos mirando, asegurándose de que nadie podría verlo salir, del mismo modo que nadie le había visto llegar allí minutos antes para esperar a Melville Roark, seguro de que caería en la trampa… Una trampa que había funcionado a la perfección.

Cuando la puerta se hubo cerrado a espaldas de Gordon, Mae se atrevió a mirar de nuevo al destrozado, ensangrentado cadáver. Se estremeció fuertemente, pero, de pronto, apretó las mandíbulas, y se acercó. Tomó el hacha de nuevo, y se plantó junto al cadáver de su esposo.

Pero para entonces, Mae había perdido toda su sensibilidad. Era una máquina, un robot que estaba realizando una labor que había sido programada en sus células… Se puso los guantes de piel de su marido, los que utilizaba para manejar el hacha precisamente.

Mae cerró el horno, y se dispuso a marcharse… Se detuvo ante la puerta de la cocina, aterrada ante lo que hubiese sido el gran fallo. ¿Qué le ocurría? No podía coordinar bien… Fue a la pileta, conectó la manguera de lavar el coche al grifo, y abrió éste. El agua, saliendo con fuerza, fue empujando la sangre hacia el desagüe, limpiándolo todo. Hizo girar el mecanismo de la boca de riego, de modo que el agua salió con la máxima potencia, en chorro muy delgado, que arrancaba del suelo hasta la última gota… Y luego, lo último: se quitó las ropas que llevaba, profusamente salpicadas de sangre, y las tiró también al horno.

El camisón de la noche de bodas.

La preciosa bata que el propio Melville le había traído de Anchorage hacía poco más de un mes… Al fuego. Todo al fuego. No quedaría el menor rastro de nada.

Mae Roark salió del garaje, cerró la puerta, cruzó la cocina… Poco después, entraba en su dormitorio, y al ver las ropas que pensaba regalar a la señora Davidson respingó: el papel… Había olvidado coger en el garaje el grueso papel para hacer paquetes.

Volvió al garaje.

Abrió la puerta, temblando…, y se quedó sorprendida al no ver motivo alguno de inquietud. Era como si nada hubiese ocurrido.

Todo estaba bien y todo en su sitio, todo limpio.

Y la caldera funcionando a toda presión.

Cortó un buen trozo de papel, se procuró unos cordeles, y regresó al dormitorio. Hizo el paquete para la señora Davidson, lo ató bien, y luego dejó encima una nota, con este texto:

«Querido, ésta es la ropa que vendrá a buscar la señora Davidson esta tarde. Por favor, entrégasela, y dile que a mi vuelta haré un segundo repaso en mi ropero. Procuraré no gastar mucho. Y no olvides que te espero dentro de dos días. Besos. Te ama,

Mae».

CAPÍTULO IV

CHARLIE FENTON vio llegar el «Land Rover», así que dejó de limpiar los cristales parabrisas, y saltó del aparato sonriendo. Todavía sonreía cuando el «Land Rover» se detuvo en un lado de la pista del pequeño aeródromo nevado, que estaban comenzando a limpiar con el quitanieves.

—¡Señora Roark! —llamó—. ¡Saldremos enseguida!

Gordon Owells se apeó del «Land Rover», y fue a abrir la portezuela para que saliera Mae por el otro lado. Luego, se volvió hacia el simpático pelirrojo, que acudía a buen paso.

—Hey, Charlie —pidió—, ayúdame con el equipaje ¿quieres?

—¿Cómo no, señor Owells? Hola, señora Roark… Me parece que vamos a tener buen tiempo, después de todo. Esta mañana ha nevado lo suyo, hasta el punto de que pensaba que no podríamos salir. Pero ya está aquí la primavera, se lo aseguro.

—¿Cuál primavera? —sonrió Mae.

—Bueno —rió Charlie—. Ya verá. Tarda un poco en darse a conocer de lleno, pero siempre llega. Y hasta podrá tener usted flores en su jardín.

—¿También me asegura eso? —rió Mae.

—¡Desde luego! Lo que pasa es que usted vino aquí en pleno invierno, y debe pensar que esto es siempre igual;… Pero no. Charlie se lo garantiza. Y en verano, hay estupendas excursiones al Parque Nacional del Monte Mc Kinley… Ya verá como el señor Roark la lleva allá alguna vez.

—No sé si me gustará eso, la verdad.

—Le gustará, y mucho. Charlie se lo garantiza. Bueno…, puede usted esperar en la avioneta, si lo prefiere. Ah, una cosa, vamos a tener más pasajeros. Espero que no les moleste.

Gordon Owells miró a Charlie con cierto disgusto.

—Creíamos que iríamos solos.

—Bueno señor Owells, usted sabe… Yo me gano la vida con mi «Harriet». Llevo de todo, y hago los más extraños recados entre Anchorage y los pueblos de alrededor. Y el invierno no es precisamente mi temporada buena, así que si puedo ganar unos cuantos dólares extra… Caracoles, no pensé que se iba a molestar.

—No nos molesta, Charlie —intervino Mae—. La avioneta es suya, y nosotros sólo hemos pagado dos pasajes.

—Gracias por entenderlo, señora Roark.

—¿Quiénes son los otros pasajeros? —preguntó Gordon.

—Un norteamericano y un canadiense. Se llaman Nick Brackett y Jacques Laserre. ¿Los conoce?

—No. No recuerdo, al menos, por los nombres.

—Pues me han dicho que llevan aquí algunas semanas… Por lo que he entendido, vinieron a contratarse en una de las minas, pero dicen que eso no es para ellos, así que se largan. Parecen dos buenos sujetos, de veras.

—Está bien. Espero que no nos retrasemos por ellos.

—Estarán aquí en cuanto me vean dispuesto a salir. Fueron a tomar unos tragos a la cantina.

Señaló hacia los edificios del aeródromo, y, sin más comentarios, se hizo cargo del reducido equipaje de Mae, y de la maleta de Gordon Owells, que llevaba también un portafolios.

En pocos minutos, Gordon y Mae quedaron instalados en sus asientos de la pequeña avioneta azul y blanca de Charlie Fenton. La pequeña, veloz, e invencible «Harriet» como decía su pecoso propietario.

—En menos de dos horas, nos plantamos en Anchorage, ya lo verán… Fue una fiesta muy agradable la de anoche, señora Roark.

—Una simple reunión de amigos —sonrió Mae.

—¿Sí? Bueno, se estaba muy bien allí. Hay gente simpática en todo el mundo, incluida Alaska. Su marido es un gran tipo, se lo aseguro. ¡Y cómo aúlla! —Charlie es echó a reír—. ¡Córcholis, señora Roark, cuando me acercaba creí que había un auténtico lobo en la casa! Hey; ahí vienen ya los otros pasajeros. ¿Qué les dije?

Se apartó de ellos, y fue a la entrada de la avioneta, a recibirlos.

Gordon miraba de reojo a Mae, que había palidecido.

—Tranquilízate —susurró—. Ya no aullará nunca más, tú lo sabes. Sigue portándote como hasta ahora, Mae.

Ella tragó saliva, y asintió con la cabeza. Le parecía estar todavía oyendo aquellos salvajes aullidos de Melville, que la habían estremecido: ¡Auuuu! ¡Auuuu!

Pero, efectivamente, Melville Roark nunca más volvería a aullar.

—Les presento a los señores Brackett y Laserre, de los que ya les hablado —oyó la voz de Charlie—. Ellos son el señor Owells y la señora Roark.

Mae estaba mirando ya a los dos hombres. A decir verdad, no tenían muy buena facha. Los dos iban barbudos, con ropas sólidas y bastas, baratas. Uno era rubio, con los ojos claros, y el otro muy moreno, por lo que dedujo caprichosamente que este último era el canadiense.

—Hola —sonrió el rubio.

—¿Cómo está, señora Roark? —sonrió también el otro—. Mucho gusto, señor Owells.

—Encantado. Sí… Ahora les recuerdo. Creo haberles visto un par de veces por Suntrana.

—Nosotros sí le recordamos a usted. Y a la señora Roark. La hemos visto varias veces —el canadiense sonrió ampliamente—. Y si no hemos de molestarla, señora Roark, le diré que hemos comentado que es usted muy bonita. Melville Roark es un hombre de suerte.

—Gracias —sonrió Mae—. No me ha molestado usted, señor Laserre.

—Me gustaría encontrar una chica bonita a la que le moleste que le digan que lo es —rió Charlie—. ¡Bien! ¿Comenzamos a batir alas?

—Por mí, cuando quiera —rió Mae.

—Pues allá vamos —Charlie se asomó por la todavía abierta portezuela, y gritó—: ¡Hey, Rennie, dale un par de cachetes a mi hélice! ¿Quieres?

—¡Okay, Charlie! ¡Buen viaje! ¡Y tráeme las revistas que te he pedido, no las olvides!

—¡Seguro que no! ¡Charlie te lo garantiza! —El piloto cerró la puerta, y recorrió el corto pasillo, riendo—. ¡Menudo granuja está hecho este Rennie! ¿Qué clase de revistas creen que tengo que traerle cuando regrese a por el señor Roark?

—Me parece —refunfuñó Gordon Owells— que a la señora

Roark no le va a interesar mucho eso, Charlie.

Éste alzó las cejas, como sorprendido, pero de pronto enrojeció, quedando su rostro del color de un auténtico tomate maduro.

—A veces soy un poco bruto —admitió—. Lo siento, señora Roark.

Mae se limitó a sonreír con tolerancia, y Charlie se colocó ante los mandos, dando la espalda a sus pasajeros. Dio el contacto, miró a través del parabrisas a su amigo Rennie, y alzó el pulgar, Rennie hizo girar la hélice, y todo respondió inmediatamente.

—Como una seda —sonrió Charlie—. Mi amada «Harriet» se merece un beso. ¡Mua!

Se besó los dedos, y los puso en el parabrisas. Luego, miró hacia Rennie, que se había apartado y alzaba el pulgar. Okay, todo bien. Poco después, ya caliente el motor, «Harriet» recorría la pista recién limpia de nieve, y, finalmente, sus ruedas dejaron de tocar tierra firme.

* * *

—Eso es Cantwell —señaló hacia abajo Charlie, sin volverse—. O sea, que llevamos ya recorridas cincuenta millas. ¡Esto es un paseo, damas y caballeros!

Laserre y Brackett sonrieron. Gordon Owells se inclinó hacia Mae, expectante.

—¿Estás bien? —murmuró.

—Sí, sí.

Owells asintió con la cabeza, y se quedó mirando la nieve, allá abajo. Nieve por todas partes. Y abetos. Un mundo blanco, intensamente blanco, en el que morir era lo más fácil. Lo menos peligroso allá abajo eran los lobos, los osos, o cualquier otro animal: el frío no necesitaba ninguna clase de ayuda para resultar mortal. Lugares prácticamente inaccesibles, cubiertos en muchos sitios por cuatro, cinco o seis pies de nieve. Nieve blanda, esponjosa, en su mayor parte. Sólo había que caer en ella…, y hundirse en una mortaja de frío hasta que llegase el verano, el deshielo…, que nunca era total.

—¡El Mc Kinley! —exclamó Charlie, señalando hacia su derecha —. ¡Véalo, señora Roark!

Mae lo estaba viendo ya. Lejos, muy lejos; la impresionante altura blanca, siempre blanca. Una mole qué se perdía en las

nubosidades de las alturas. Asintió, como si Charlie pudiese verla, y volvió a mirar más cerca, la nieve que había bajo ellos. Lucía un sol pálido, bajo, que ponía en todo un tono amarillo-naranja resplandeciente…

—¿Lo hiciste todo bien? —susurró Owells.

—Ya te dije antes que sí.

—¿Lo limpiaste todo, lo quemaste todo?

—Sí, sí.

—¿Limpiaste bien el suelo, el hacha, los guantes, la…? ¿Qué te pasa?

Mae se había vuelto hacia él, súbitamente pálida, demudado el rostro, desorbitados los ojos… y Gordon Owells también palideció. Ella quiso hablar, pero apenas pudo tan siquiera mover los labios. Estaba aterrada.

—¿Qué te pasa? —insistió Owells, sobrecogido—. Mae, ¿qué te…?

—El hacha —jadeó ella de pronto—. ¡Gordon, lo limpié todo menos el hacha!

—¡No! —gritó Owells.

—¿Les ocurre algo? —se interesó Brackett, sentado en el asiento de al lado de su compañero Laserre, con el pasillo en medio.

—¿Están bien? —Se puso en pie Laserre—. ¿Se encuentra mal la señora, quizá? Si se ha mareado…

—¡Déjennos en paz! —gritó Owells, descompuesto el rostro, que estaba tan blanco como la mismísima nieve.

Jacques Laserre se sorprendió, primero. Luego, frunció el ceño, finalmente, sonrió de un modo extraño, y volvió a sentarse sin más comentarios. Gordon Owells, que lo miraba como si tuviese intención de agredirlo, con expresión de loco, parpadeó de pronto, y su cabeza cayó sobre el pecho. A su lado, notaba el tenso cuerpo de Mae, y sabía que ella lo estaba mirando no menos aterrada que él. Lógicamente, mucho más…

Se pasó las manos por el frío rostro antes de volver a mirarla.

—¿Estás segura? —Tembló su voz—. ¡Mae, tienes que estar segura!

Ella asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra.

—El hacha —jadeó Owells—. ¡No puede ser, no has podido cometer semejante torpeza! ¡No puede ser!

—Yo… yo… lo limpié todo, pero creo… creo que el hacha no. La dejé a un lado, y no me acordé más de ella, no…

—Lo van a descubrir… ¡Lo descubrirán todo! Cuando se cansen de buscar a Melville por las galerías, irán a tu casa, entrarán en el garaje, pensando que él ha podido salir de la mina por otro sitio y ha regresado… Verán la sangre en el hacha, les llamará la atención…

—Pero la sangre… puede ser… de cualquier cosa.

—¡De cualquier cosa! ¡Sólo está allí para cortar leña, no tiene por qué tener sangre! La analizarán, y sabrán que es de él. Y empezarán a pensar… ¡Mae, nos has hundido, lo has estropeado todo, todo! A menos que… ¡Tenemos que volver!

—¿Volver allá? —Casi gritó ella.

—Sí… Hay que volver, y limpiar el hacha. Le diremos a Charlie que has olvidado algo importante. ¡Hay que volver allá enseguida! ¡Hay que volver!

Se puso en pie, y recorrió la corta distancia que los separaba del piloto. Le puso una mano en el hombro, y Charlie volvió la cabeza, sonriendo.

—¿Sí, señor Owells?

—Da la vuelta —jadeó Gordon—. ¡Da la vuelta!

—¿Qué dice? —Se pasmó Charlie…

—¡Tenemos que volver, hemos olvidado algo importante!

—Pero no puede ser, señor Owells. Bueno, quiero decir…

—¡Da la vuelta!

—Mire, podemos llamar por radio al aeródromo, y pedir que les lleven el recado al señor Roark, y que él…, O mejor aún, si me dicen lo que es, cuando yo regrese para recoger al señor Roark le diré…

—No, no, no. ¡Tenemos que recoger eso ahora!

—Pueden telegrafiar al señor Roark desde Anchorage.

—¡Da la vuelta, o te parto la cabeza!

Charlie palideció, y se quedó mirando asombrado al siempre educado, amable, y hasta en muchas ocasiones simpático Gordon Owells, que ahora no parecía el mismo.

—No me asusta usted —farfulló por fin Charlie—. Y aquí no da órdenes nadie más que yo. Pero voy a volver… Y ustedes se quedarán allí, ¡ya encontrarán quien les lleve! Y ahora, vuelva a su

asiento…, por favor.

—Pero volvemos —insistió Gordon.

—Seguro que sí. Charlie lo garantiza…

—Será mejor que Charlie no garantice nada —oyeron tras ellos la voz de Nick Brackett—, porque el vuelo va a seguir esta ruta hasta que yo lo diga.

Todavía con gesto avinagrado, Charlie volvió aún más la cabeza, y abrió la boca con gesto resuelto… Se quedó así, contemplando la pistola que Brackett tenía en la mano, apuntando a su cabeza.

—¿Qué significa esto? —pudo mascullar, al cabo de un par de segundos.

—Significa que ustedes harán lo que nosotros digamos. Es decir, que el vuelo sigue su ruta.

—¡Usted no tiene derecho! —empezó Owells.

—Si no se calla, le meto una bala en la bocota —sonrió el rubio Brackett—. Y si se ponen demasiado tontos, hasta la señora Roark puede salir malparada.

Se apartó un poco, y Owells y Charlie pudieron ver a Laserre, también pistola en mano, sentado junto a Mae Roark, en el asiento de Gordon Owells. La pistola estaba apoyada bajo la barbilla de Mae, que estaba lívida, envarada, como petrificada.

—¿Qué significa esto? —Gruñó Charlie de nuevo.

—Digamos que es un secuestro.

—¿Un sec…? ¡Buena broma! Oiga, ustedes están locos… ¿Qué se han creído que es esto? ¿Un «Jumbo»? Mire, señor Brackett, esto es una pequeña y cochambrosa avioneta que…

—Nos va bien lo que hay aquí —sonrió Brackett de nuevo—. Así que, sin más comentarios, siga volando en dirección a Anchorage. Yo le diré cuándo debe desviarse. Y usted, Owells, vaya a sentarse a su sitio. Jacques se lo cederá encantado… Le advierto seriamente que si intentan cualquier tontería, los mataremos a todos.

—¿Incluso a mí? —rió agresivamente Charlie.

—Incluso a usted, en efecto.

—Pues ya me dirá usted quién pilotaría la avioneta.

—Yo. Sé hacerlo. Está todo calculado, amigo. Bueno, Owells, ¿va a sentarse o no?

Gordon Owells bajó la cabeza, y regresó a su asiento, que Laserre le cedió, sonriendo. Se sentó en el asiento de delante, y se

los quedó mirando a ambos, siempre sonriente, simpático… pero apuntándole con la pistola.

—Cosa inesperada, ¿eh? —comentó.

—¿Qué es lo que pretenden ustedes? —murmuró Gordon.

—Doscientos mil dólares. O algo así.

—¿Esperan conseguir doscientos mil dólares por esta avioneta?

Laserre se echó a reír.

—Le contaré una pequeña historia —dijo—. Érase dos tipos con muy mala suerte, que iban dando tumbos de un lado para otro, y finalmente llegaron a un asqueroso lugar llamado Suntrana, donde sólo había asquerosas minas de carbón. Como no tenían un centavo, se pusieron a trabajar en una de las minas. Puerca vida. Pero hace dos noches, se enteran casualmente de que la linda joven que tantas veces les ha llamado la atención, la esposa del ricachón señor Roark, va a hacer un viaje a Anchorage, en una avioneta privada. Así que se despiden del trabajo, y se las arreglan para ir también en esa avioneta. ¿Cree que el señor Roark tiene doscientos mil dólares?

—Tiene mucho más.

—¿De veras? Bueno, no hay que abusar, de todos modos. Nos vamos a conformar con doscientos cincuenta mil. Ya veremos.

—¿Quiere decir que van a pedir rescate por la señora Roark?

—Exactamente, amigo.

—Están locos… La policía los encontrará. ¡El FBI los encontrará! Hay una Delegación en Anchorage, y en cuanto se enteren, los buscarán.

—Calculado —rió Laserre—. Pero…, ¿a quién buscarán? A dos tipos barbudos que han dicho llamarse Laserre y Brackett. Sólo tenemos que afeitarnos y cambiar de nombre antes de marcharnos a México. Acapulco, por ejemplo. ¡Doscientos mil dólares y Acapulco! Claro, todo eso suponiendo que el señor Roark pague por su linda esposa. ¿Usted cree que pagará?

—No sé… ¿Y si no paga?

Jacques Laserre volvió a sonreír, y se pasó un dedo por la garganta, diciendo:

—¡Raaas! Ustedes se quedarían sin cuello, amigo… Pero no se preocupe, hombre —brillaron los ojos de Laserre de un modo especial mirando a Mae—. ¿Quién no pagaría doscientos mil dólares por una golosina como ésta? Sobre todo, teniendo mucho

más dinero… El poderoso señor Roark pagará, ya lo verá.

Gordon y Mae lo miraban fijamente, helados de pavor… ¿Melville Roark? ¿Iba a pagar, cómo?

¿Cómo?

Porque suponer que un hombre que ha sido descuartizado con un hacha y consumido en un horno, salga de éste, recompuesto y dispuesto, era mucho suponer y más aún si tenía que pagar por la mujer que le había hecho pedazos.

—Parece que no se encuentran muy bien —se sorprendió el canadiense—. ¿Acaso no les gusta volar?

Soltó una carcajada, y luego se dedicó a encender un cigarrillo, sin perder de vista a Owells, pero sin darle demasiada importancia, en realidad. No le parecía probable que aquel guapo muchacho intentase nada contra dos hombres armados de pistolas.

Se dedicó a mirar a la pareja, especialmente a Mae, siempre con aquélla tan clara expresión de sus pensamientos sobre lo apetecible de la muchacha. Ella y Gordon permanecían en silencio, sombríos, desalentados. Así es la vida, la única persona que podría sacarlos de aquel apuro la habían matado ellos mismos. Y como Roark no podría pagar, pues ¡raaaas!, les iban a cortar el cuello. De modo que nada de irse a vivir a Estados Unidos, o a las Hawaii, a disfrutar del dinero de Melville Roark.

Y por si todo el asunto del secuestro, de un modo u otro pudiese terminar bien, tenían la cuestión del hacha manchada de sangre. No era una perspectiva muy esperanzadora, ciertamente.

Pero, las cosas todavía podían ir a peor.

Infinitamente peor.

Unos minutos más tarde, cuando estaban a mitad de camino entre Cantwell y Talkeetna, el motor de la avioneta comenzó a hacer ruidos raros, y todos oyeron perfectamente la exclamación de Charlie Fenton, sobresaltado.

—¿Qué pasa? —Respingó Laserre.

Charlie no contestó. La avioneta dio un salto, luego otro. Y de pronto, el sonido del motor dejó de oírse. El silencio fue total entonces.

Era como estar suspendidos en el cielo.

Suspendidos en un ataúd llamado «Harriett».

Le había tocado el turno a Laserre de palidecer. Se puso en pie, y

corrió junto a Charlie mirando con expresión inquieta.

—¿Qué demonios pasa? —gritó.

El motor volvió a oírse durante unos segundos, pero otra vez se quedó silencioso. La avioneta dio un bandazo que estuvo a punto de derribar a Brackett y Laserre.

—Maldito sea —jadeó el primero, aferrándose al asiento de Charlie—. ¡Maldito sea, estúpido! ¿Cómo se ha atrevido a salir con el motor en estas condiciones?

Charlie volvió su pálido rostro hacia los dos hombres.

—Estaba… bien… —tartamudeó—. ¡Les aseguro que estaba perfectamente, lo repasé ayer, y lo he vuelto a repasar esta mañana!

Bueno.

Con toda seguridad, Charlie Fenton no mentía. Pero lo indudable era que el motor no funcionaba. Al menos correctamente. Volvió a rugir durante unos segundos, pero sólo sirvió para que la avioneta se estremeciese y vibrase como si fuese a partirse en dos…

—¡Apártese de ahí! —gritó Brackett—. ¡Yo tomaré los mandos de este cacharro!

—¡No diga tonterías! —rechazó Charlie—. ¡Puede que usted sea mejor piloto que yo, pero no conoce a «Harriett» tan bien! ¡Si yo no la domino, no lo hará nadie!

—¡Le digo que…!

—Él tiene razón —dijo Laserre—. Déjalo. No sabrás mucho más que él, y él conoce la máquina.

Brackett vaciló, pero tuvo que admitir que tenían razón Fenton y Laserre. El motor volvía a estar silencioso, y la avioneta iba perdiendo altura… directa hacia una gran masa de abetos, tan espesos que formaban un techo al parecer impenetrable.

—¿Qué pretende? —gritó Brackett—. ¡Vamos, suba! Podemos ir planeando todavía unas millas… ¡Suba o esquive esos árboles!

—No… no responden los mandos… No puedo hacer nada. ¡Estamos cayendo, y no puedo hacer nada!

El motor dio otra sacudida, otra señal de vida, y el aparato continuó adelantando y cayendo, ahora de lado, como a trompicones.

—¡«Harriett»! —gritó Charlie—. ¡No me hagas esto! ¡No me hagas esto a mí!

—¡Quite de aquí! —gritó Brackett.

Lo asió de un hombro, y lo arrancó del asiento, empujándolo rudamente hacia el pasillo. Se colocó ante los mandos, asió el volante, y dio un tirón hacia arriba, intentando sobrevolar la gran masa de abetos, que no parecían verdes, sino negros… De una negrura extraordinaria, quizá por el contraste con las manchas de nieve sobre muchas de sus ramas.

Y al dar el tirón Nick Brackett, la cuestión terminó.

La avioneta bajó el morro, contra toda lógica según los mandos, y se precipitó hacia el centro del bosque.

Unos segundos después, penetraba en éste, en diagonal, rompiendo ramas, que saltaban a todos lados, pulverizando nieve dejándose trozos de alas, crujiendo su fuselaje.

De un momento a otro, tenía que chocar contra el tronco de un abeto. Entonces, se detendría, inevitablemente, estallaría, se convertiría en pedazos, seguramente incendiados… Pero nada de esto podían pensarlo Mae y Gordon. Simplemente sentados en sus asientos, con las manos agarrotadas a los acolchados brazos, contemplaban aterrados el paso de ramas y nieve pulverizada, mientras el aparato daba bandazos sin parar, golpes terribles… Era el fin.

De pronto, el gran impacto, el terrible estremecimiento total, el sonido de cristal especial roto, el rugir de planchas metálicas arrugándose como simple papel…

CAPÍTULO V

PERO no fue el final.

Paradójicamente, el ser más débil fue el primero en recobrar el conocimiento.

Mae abrió los ojos, y le pareció que uno de sus párpados crujía al alzarlo. Lo cerró, lo volvió a abrir… Sí, crujía. Se llevó una mano allí, y notó la aspereza de la costra de sangre. No sólo sobre el ojo, sino en todo aquel lado de la cara, y parte de la frente.

Se quedó mirando una ventanilla, que parecía estar encima de ella, no al lado. Por la ventanilla veía oscuras ramas de abeto, y una claridad lechosa, con cierto tinte azulado, o quizá gris. Una mezcla definitivamente sombría.

El silencio era total, prodigioso, extraordinario, increíble. Se movió, y entonces vio de pronto, ante ella, el rostro de Gordon, crispado, lívido, desencajado. Habían caído ambos entre los dos asientos, convertidos en un verdadero lío de miembros. Consiguió desprenderse, y se desplazó al pasillo, agarrándose a donde pudo, no sin dificultades, pues la avioneta había quedado inclinada.

En el pasillo estaban Laserre y Charlie, inconscientes, uno sobre otro, hacia popa. Debían haber sido lanzados allá por la violencia del impacto contra el tronco del abeto que se veía penetrando parcialmente en la carlinga. El parabrisas no existía ya, y por los huecos que dejaba el enorme abeto entraba el aire, como cuchilladas No… Aire, no. Frío. Simple frío. No. Tampoco simple frío, sino un frío espantoso.

Brackett estaba todavía ante los mandos, pero… de un modo grotesco y horrible, trágico. Su cabeza colgada, hacia atrás, de modo que la nunca tocaba la espalda, y tenía el rostro enteramente cubierto de sangre, incluso parte de los ojos desorbitados. Era una visión espeluznante: un hombre sentado de espaldas hacia ella, pero que parecía mirarla con la cabeza echada sobre la espalda, y al

revés… Su cuello se había roto como si fuese una simple astilla, y los cristales rotos habían ametrallado su cara.

El segundo en despertar fue Laserre.

Se puso en pie trabajosamente, y se acercó a Mae, que permanecía inmóvil, con la mirada fija en Brackett todavía. Era incapaz de reaccionar.

Laserre la apartó, casi derribándola de nuevo sobre Gordon, y entonces vio a Brackett. Lanzó una ahogada exclamación, y se acercó a él, sujetándose a los asientos. Durante unos segundos, sintiendo de punta los cabellos, estuvo mirando a su compañero. Luego, se volvió hacia el fondo de la avioneta, para mirar a Charlie.

Sacudió la cabeza, y regresó a popa, para dedicarse a reanimar a Charlie, que tardó muy poco en abrir los ojos. Se quedó mirando con expresión estúpida a Laserre un instante, y luego respingó… Laserre le ayudó a ponerse en pie, y señaló hacia proa.

—Usted tenía que estar allí —dijo.

Charlie se acercó también a Brackett, no menos espeluznado que Laserre antes. Mientras tanto, Laserre había encontrado su pistola, y apuntó con ella al piloto cuando éste se disponía a tocar a Brackett.

—Quieto —masculló—. ¿Qué está intentando?

—Convendría sacarlo de aquí, para que yo tenga acceso a la radio.

—¿Para qué?

Charlie lo miró desconcertado.

—Si la radio funciona podemos pedir ayuda.

—Apártese de ahí —ordenó Laserre.

Charlie encogió los hombros, y se reunió con Mae, dedicándose ambos a reanimar a Gordon, que todavía tardó un par de minutos en abrir los ojos. Lo primero que vio fue el rostro de Mae sobre él, y respingó, casi gritó al ver la sangre seca cubriendo la mitad de su rostro y un ojo. No había sido, ciertamente, una visión tranquilizadora, ni agradable.

Luego susurró:

—Estamos vivos…

—No todos —murmuró Charlie—. Y sólo por ahora, señor Owells.

—¿Qué quiere decir?

Charlie se limitó a señalar hacia proa, y Gordon miró hacia allí.

Como a los demás, la visión de Nick Brackett le impresionó, le hizo estremecerse. No hacía falta que Charlie le diese mejor explicación, desde luego.

Y por fin, los tres se quedaron mirando a Laserre, que los miraba a su vez, sombríamente, pistola en mano.

—¿Qué piensa usted hacer? —murmuró Gordon.

—Aún no lo sé. De momento, lo mejor será que coloquemos bien la avioneta, para que resulte un alojamiento cómodo. Y eso van a hacerlo ustedes, mientras yo les vigilo. Salgan.

—Escuche, Laserre —intentó parlamentar Charlie—, por mucho que hagamos, no sobreviviremos aquí de ninguna manera. No tenemos víveres, ni nada con que calentarnos, ni…

—Se hará lo que yo diga.

—Bueno —rezongó Charlie—, usted tiene la pistola, así que es quien manda, supongo. Pero ya le he dicho como están las cosas. No tenemos la menor probabilidad de salir de este lugar por nuestros propios medios. El lugar habitado más cercano, según calculo, está a cincuenta millas, y le aseguro que nadie va a aparecer por aquí conduciendo un confortable coche con calefacción para recogernos. Tampoco me parece posible que nos vean desde el aire, porque tenemos encima el techo del bosque; tampoco nos buscarán, porque no llamamos por la radio antes de caer, así que, en el supuesto de que dentro de un día o dos decidirán salir en nuestra búsqueda, tienen cientos de millas llenas de nieve donde podríamos haber caído, y si se dedican a buscarnos sin tener ningún dato, tardarían quizá semanas en encontrarnos. Y nosotros no vamos a sobrevivir aquí ni una sola. Créame: déjeme echarle un vistazo a la radio, y si consigo que funcione, todo terminará bien.

Laserre todavía tardó unos segundos en responder, malhumorado:

—Quizá terminase bien para ustedes, pero no para mí. Al parecer, olvidan que mi amigo y yo queríamos secuestrar a la señora Roark. La policía…

—Lo vamos a olvidar —dijo presurosamente Gordon—. Señor Laserre, le juro que lo olvidaremos. No diremos nada. Ha sido un desdichado accidente, eso es todo.

—Eso es lo que dicen ahora, pero ya veríamos cuando se

encontrasen a salvo.

—Le juro…

—Mírelo de otro modo —intercaló Charlie—: si nos quedamos aquí, moriremos todos, no tardando mucho. ¿Qué ganaría usted con eso? Porque al decir todos, le incluyo a usted, naturalmente. En cambio, si nos encuentran, nosotros le garantizamos que no diremos a nadie lo que usted y su amigo pretendían. Piénselo bien, señor Laserre.

—No piensa cumplir su promesa —gruñó el canadiense.

—Quizá no… Aunque nosotros le aseguramos que sí. Pero aunque no la cumpliéramos. Si usted no me permite llamar por la radio vamos a morir todos. Demonios, ¿es que no puede entenderlo?

—Puedo matarlos a los tres, y marcharme de aquí.

—¿A pie?

—Claro.

Charlie se echó a reír, sorprendiéndolos a todos.

—¡Buena idea! —exclamó—. Sí, hombre, mátenos a los tres y aléjese de aquí a pie. No podrá recorrer más de un par de millas…, y digo un par de millas porque usted me parece un hombre fuerte. Cuando haya recorrido esa ridícula distancia, ya será de noche, y usted no tendrá la menor idea de si está orientado hacia el Norte, el Sur, el Este o el Oeste. Tendrá un frío espantoso, y entonces querrá volver a la avioneta, pero no la encontrará jamás. Por la mañana, usted estaría muerto de frío por ahí. O quizá devorado por los lobos. ¿De verdad cree usted que puede recorrer a pie una distancia de cincuenta millas de terreno cubierto por cinco o seis pies de nieve? Pues le felicito. Y ahora, váyase al demonio.

Jacques Laserre se pasó una mano por la barbuda boca, y permaneció vacilante. Por fin, movió la cabeza, y señaló hacia el exterior.

—Salgan a colocar bien la avioneta —ordenó.

Gordon Owells abrió la boca, pero Charlie le tocó en un brazo.

—No insista: ya se convencerá él solo. Mientras tanto, al menos tiene razón en eso: coloquemos bien la avioneta. Y podríamos cortar unas cuantas ramas, para intentar encender fuego. Sin calor, no pasaríamos ni esta noche.

—¿Cómo vamos a cortar…?

—Tengo una navaja. Si el señor Laserre me autoriza a utilizarla, tendremos fuego. Si no, iremos muriendo como pajarillos.

—¿Dónde tiene la navaja? —Gruñó Laserre.

—En el bolsillo. La llevo siempre, porque me sirve para muchas cosas: raspar cables, como destornillador, como…

—Está bien, úsela. Pero no olvide que una bala es siempre mucho más rápida.

—Váyase al demonio —insistió Charlie.

Tuvieron que tirar con todas sus fuerzas de la portezuela para poder abrirla, pero por fortuna, lo consiguieron. Saltaron al exterior, y Gordon se sorprendió cuando sus pies apenas se hundieron en la nieve.

—¡Hay muy poca nieve, no seis pies, Charlie!

—¿Usted no comprende eso, señor Owells? —refunfuñó el piloto, señalando hacia arriba.

Gordon alzó la mirada, y vio el espeso techo formado por las ramas de los abetos, que impedían que la altura de la nieve bajo ellos fuese igual que alrededor, donde no había bosque. Encogió los hombres, y se volvió para ayudar a Mae a saltar. Charlie, que los miraba un poco enfurruñado, señaló el rostro de Mae.

—Sería conveniente que se lavase la cara, señora Roark. Puede hacerlo con puñados de nieve. La encontrará fría, pero al menos tendrá mejor aspecto. Lo digo por usted.

—Te ayudaré —dijo Gordon.

Tomaron puñados de nieve, con los que frotaron el rostro de Mae. No fue fácil, pero en pocos minutos su rostro quedó mucho más agradable…, y enrojecido.

Mientras tanto, Charlie había conseguido cortar una rama no muy gruesa, pero fuerte. La utilizaron como palanca y, bajo la vigilante mirada de Laserre, fueron desplazando la avioneta hasta que ésta cayó completamente de panza, aplastando los restos del tren de aterrizaje. Laserre estaba helado de frío, pero no así Mae, Gordon y Charlie, a los que el ejercicio había hecho reaccionar muy convenientemente.

Luego, llevaron ramas más pequeñas al interior de la avioneta, y Charlie arrugó unos cuantos periódicos, sobre los cuales colocó las más delgadas, aunque todas estaban húmedas.

—No va a ser fácil —comentó.

—Inténtelo.

—Esto no tiene objeto, Laserre —murmuró Gordon—, y usted lo sabe perfectamente. A menos que pretenda que nos pasemos aquí toda la vida.

—Usted cállese.

Charlie miró de uno a otro, encogió los hombros, y se dedicó a encender el fuego. No fue fácil en absoluto, cierto. Mucho humo, mucho consumir periódicos y cerillas, pero las llamas no prendían en las húmedas ramas; más que húmedas, parecían petrificadas de frío… Pero, por fin, las primeras llamas prendieron en las ramas, que comenzaron a arder, con extraños sonidos que parecían gemidos, sollozos…

—No puedo más —exclamó de pronto Mae, con voz temblorosa —. ¡No puedo más!

—¿Qué te pasa? —La miró alarmado Gordon.

Ella señaló el cadáver de Nick Brackett.

—Está… está ahí como mirándonos… ¡Y no puedo soportarlo más, me recuerda a Melville, cuando…!

—Calla… ¡Calla, Mae!

Charlie y Laserre los miraban sin comprender. Pero Laserre frunció el ceño, y preguntó:

—¿Nick le recuerda a su marido, señora Roark? ¿Por qué?

—Por nada —dijo Gordon—. Ha sido una…

—Mire, Owells, si sigue hablando cuando no tenga el turno, le voy a meter un par de balas en la barriga. Y no estoy bromeando… Le preguntaba a la señora Roark. Diga, señora Roark: ¿por qué Nick le recuerda a su marido?

—Por… por nada… No sé lo que he dicho…

Laserre la miraba fijamente. Por fin, parpadeó, miró al expectante Charlie, y señaló el fuego.

—Parece que ha prendido ya, ¿verdad?

—Sí… Lo parece.

—Avívelo bien. Si cada vez que tuviéramos que encenderlo gastásemos tanto papel, pronto terminaríamos con todos los periódicos.

—Es verdad —asintió Charlie.

En unos minutos más, el fuego tenía un magnífico aspecto. Ya casi no había humo dentro de la avioneta, cuya portezuela había

permanecido abierta. Laserre se guardó la pistola, y acercó las manos al fuego. Con la mirada fija en éste, murmuró:

—Ustedes dos, saquen de aquí a Nick.

—¿Nosotros? —murmuró Gordon.

—¿Acaso hay alguien más?

Charlie fue el primero en ponerse en movimiento. No fue fácil sacar a Brackett de aquélla especie de cepo formado por el morro del avión y el asiento, pero finalmente, lo consiguieron. Mae cerró los ojos cuando el cadáver fue pasado delante de ella, con la cabeza colgando, los ojos abiertos… La cabeza se movía como un péndulo, como si jamás hubiese habido huesos en el cuello…

—Llévenlo bastante lejos —dijo Laserre.

Quedaron solos él y Mae. Durante unos segundos, Laserre no dijo nada, fija su mirada en el fuego al cuál acercaba sus manos. De pronto, miró a Mae, y sonrió.

—Lo han matado, ¿verdad?

Mae respingó.

—¿Qué… qué…?

—A su marido… Lo han matado, ¿no es cierto?

—Usted… usted está loco…

Laserre movió la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Me parece que no. Lo que pasa es que soy un tipo malpensado… Quizá por eso de que la gente mala somos los que pensamos en las cosas malas que pueden hacerse… A Charlie ni se le ha ocurrido, porque es un buen muchacho. Pero yo no soy un buen muchacho, señora Roark, siempre pienso lo peor. Y pensando, he comprendido la expresión de ustedes cuando les decía que Roark tendría que pagar doscientos mil dólares por usted… Ustedes sabían que no podría pagar…, porque lo habían matado. Y el rostro muerto de Nick, sus ojos abiertos, la sangre… se lo ha recordado a usted. ¿No es cierto? ¿No es cierto, señora Roark?

—¡No…! ¡No!

—Vamos, vamos… Está usted con una persona que puede comprenderla, de veras. Lo mataron, estoy seguro… ¿Cómo lo hicieron? ¿Quizá su amigo lleva una pistola? ¿Sí?

—No… No…

—Entonces, ¿cómo lo hicieron? ¿Cómo mataron a Melville Roark?

Mae dejó caer la cabeza sobre el pecho.
—Con… un hacha… —murmuró.
Jacques Laserre respingó, y palideció.
—¿Con un… hacha? —exclamó.
—Sí… Sí. El… él entró en el garaje y… y Gordon le… le…

CAPÍTULO VI

GORDON OWELLS y Charlie Fenton regresaron pocos minutos después, ateridos de frío, y se apresuraron a acercarse al fuego. Debían ser las dos y media de la tarde, pero afuera estaba cerrando la oscuridad, debido al techo que formaba el bosque de abetos. Salvo el crepitar, más bien el sollozar del fuego, el silencio era absoluto… Charlie, que había cerrado la portezuela, señaló de pronto hacia la cabina de mandos.

—Deberíamos colocar una lona ahí delante, Laserre —sugirió—: entra el frío como cuchillos.

—Buena idea —aceptó Laserre—. Hágalo, si es que tiene esa lona.

—Sí, la tengo. Ayúdeme, señor Owells, ¿quiere?

Efectivamente, Charlie llevaba una gran lona en el aparato y, ayudado por Owells, realizó un estupendo trabajo, cubriendo el hueco dejado por el parabrisas, de modo que dejó de entrar frío. Volvió ante el fuego, muy satisfecho, y miró sonriente a Laserre, que miraba a su vez a Gordon, fijamente.

—No se está mal aquí, así —dijo festivamente el piloto—. Casi parece la acampada de unos buenos amigos.

—Sí —sonrió Laserre—. ¿Está seguro de que no tenemos nada para comer, Charlie?

—Seguro, por desgracia. Otras veces he llevado víveres, o golosinas. Y hasta he transportado alguna caja de *whisky*. Pero esta vez no llevo nada de eso.

—Sí que es mala suerte —continuó sonriendo Laserre—. Bueno, me parece que no tendremos más remedio que intentar utilizar la radio. Vea si puede arreglarla.

—Okay —aceptó Charlie alegremente—. No diremos nada, se lo garan…

—Estoy seguro de que no dirán nada —casi rió Laserre—. Ya

que si ustedes hablan, yo también hablaré.

—¿Hablará? —se sorprendió Charlie—. ¿Qué quiere decir? ¿De qué hablaría?

—Naturalmente, usted lo negaría, pero yo diría que era cómplice de ellos, y que a fin de predisponer a las autoridades contra mí, se habían inventado eso del secuestro. Y me creerían cuando encontrasen el hacha manchada de sangre.

Gordon había palidecido, y miraba con expresión desorbitada a Mae, que tenía inclinada la cabeza. Por su parte, Charlie estaba estupefacto…

—Pero…, ¿de qué demonios está usted hablando, Laserre?

—Del asesino de Melville Roark con un hacha, amiguito.

Charlie quedó tan boquiabierto que tardó algunos segundos en reaccionar y mirar a Mae.

—Este tipo está loco —exclamó—. ¡Pues no dice que…!

Se calló de pronto. Mae había alzado la cabeza, y le miraba. Le miraba de tal modo, con tal expresión, que el pecoso piloto se quedó petrificado, lívido. De pronto, miró a Laserre, que, siempre sonriendo como divertido, asintió con la cabeza.

—Ya ve que es cierto.

—No… No, no…

—Que sí, hombre. Le tendieron una trampa, ella lo llevó al garaje, y Owells le partió la espalda de un hachazo. Luego, lo remató, y ella se encargó de hacerlo pedazos con el hacha y meter esos pedazos en la calefacción… ¿Verdad, señora Roark? ¿Verdad, Owells?

Charlie miraba de una a otro, con ojos desorbitados, esperando la negativa. Pero la negativa no llegó. Gordon miraba furioso a Mae… Furioso y asustado. En cuanto a ella, había vuelto a bajar la cabeza, y parecía no oír nada.

—Dios bendito —gimió Charlie—. ¡Dios bendito, son unos asesinos, unos…!

—No se lo tome así —rió Laserre—. Ya ve: Nick y yo somos unos angelitos al lado de ellos, ¿no le parece? Ella se casa con un tipo rico, luego conoce a Owells, se hacen amantes, y no contentos con eso, deciden quitar de en medio al marido, para quedarse con todo lo de él y darse la gran vida. ¿Esto le sorprende mucho, Charlie?

—Es… es horrible…

—Bah, bah, bah… Bueno, y ahora vea si puede hacer esa llamada por radio.

—Sí… ¡Un momento! ¿Usted va a decir cuánto nos recojan que… que yo he sido cómplice de… de esto…?

—Vamos, Charlie… ¿No hemos quedado en que nadie diría nada? Yo me callo, ustedes se callan, y todos contentos. Menos Nick y el señor Roark, claro. Pero…, ¿a quién le importan los que ya están muertos?

—¡Yo no tuve nada que ver con eso! —chilló Charlie.

—Lo sé muy bien. Pero abra usted la boca cuando vengan a recogernos, y ya veremos qué pasa si yo también empiezo a hablar. ¿Está claro? Pues arregle esa radio.

Charlie permaneció inmóvil más de un minuto, aturdido y aterrado. Ninguna de las perspectivas eran buenas. Por fin, se puso en pie, y fue hacia los mandos. Se sentó en el asiento del piloto, y se dedicó a examinar la radio.

Muy brevemente, eso sí.

Porque enseguida comprendió que las perspectivas podían ser todavía peores.

Regresó ante el fuego, y murmuró:

—Está destrozada.

—¿No puede arreglarla?

—Imposible. Está hecha papilla. Completamente imposible, Laserre.

—Vaya —gruñó el canadiense—. No es una situación como para dar saltos de alegría, ¿verdad? Si salimos del aparato, acabaremos muriéndonos de frío. Y si nos quedamos aquí, moriremos de hambre.

—Y de frío también, si no traemos más leña. Sería conveniente ir a buscar más antes de que sea de noche.

—Bueno, salgan a por ella. Y traigan una buena previsión, que dure toda la noche… No es madera lo que falta aquí. Ni madera, ni agua. Sólo queda por solucionar el problema de la comida, hasta que tomemos una decisión.

—No tenemos por qué molestarnos tanto. Nuestra única oportunidad consiste en que, de un modo u otro, nos encuentren si salen a buscarnos mañana. Pero no apostaría ni un centavo a favor de esa probabilidad, a menos que salgamos del bosque.

—Podemos intentarlo, ¿no?

—Algo habrá que hacer, claro —aceptó Charlie—: no vamos a quedarnos aquí para siempre. Siendo cuatro, podemos ayudarnos unos a otros… No sé. Debemos intentar sin duda. Lo malo, además de la nieve, serán los lobos…

—¿Hay lobos por aquí?

—Buena pregunta, Laserre. Sólo le diré que me alegro mucho de que usted esté armado. Con dos pistolas podremos…

—¿Dos? —Parpadeó Laserre; y de pronto respingó, sacó su pistola, y apuntó a Gordon y Charlie—. ¡No se muevan!

—¿Qué le pasa ahora? —masculló Owells.

—Uno de ustedes tiene la pistola de Nick… Quiero que me la entreguen, o…

—¿No la tiene usted? —se sorprendió Charlie.

—¡Claro que no! Él se la guardó antes de ponerse a los mandos, así que uno de ustedes ha tenido que tomarla al llevarlo lejos de la avioneta. Les advierto…

—No la tenemos —negó Charlie—. Al parecer, el señor Owells y yo pensamos lo mismo: que la tenía usted. Así que no nos molestamos en registrar a su amigo. Por lo tanto, la pistola sigue en su bolsillo… Y estaría mejor en el nuestro, Laserre. O en el de usted, a mí me es igual. Lo importante es contar con la mayor cantidad posible de armas.

—¿Dónde han dejado a Nick?

—A unas doscientas yardas… ¿Para qué más?

—Vamos a ir los tres a buscar esa pistola —dijo firmemente Laserre—. Ustedes irán delante de mí. Y mucho cuidado.

—Okay —sonrió Charlie—. Si decidimos alejarnos de aquí y aparecen los lobos, usted será el primero en darnos esa segunda pistola, se lo garantizo. Bueno, démonos prisa, o se nos echará la noche encima. Recojamos esa pistola y cortemos algunas ramas…

Abrió la portezuela, y salió al exterior de la avioneta. Gordon Owells miró hoscamente a Mae.

—¿No vienes?

—No… no.

—Es mejor que se quede —dijo Charlie—, para vigilar el fuego, no sea que se apague; quedan pocos periódicos… Lo mejor sería que primero cortásemos leña, Laserre.

—Si hacemos eso, no tendremos tiempo de ir a por la pistola antes de que oscurezca completamente.

—¿Qué importa? Allí estará mañana, ¿no? Y si no se separa de nosotros, no podremos apoderarnos de ella.

—Está bien, cortemos leña. Pero deprisa: quiero ir a por esa pistola cuanto antes.

Salieron de la avioneta, de nuevo al intenso frío. Parecía que el mundo se estuviese helando, en el más sobrecogedor silencio… Se dice que el mar es el mundo del silencio, pero no es cierto completamente, ya que incluso bajo el agua se oye frecuentemente su propio rumor, o el rodar de algunas piedras. Allí no. Allí era, realmente, el mundo del más denso silencio.

Los tres hombres se dedicaron casi frenéticamente a cortar ramas pequeñas y a desgajar otras más grandes, que fueron amontonando. Por fin, decidieron que tendrían suficiente para aquella noche, y las llevaron a la avioneta.

—Tenemos tiempo de ir a por la pistola —dijo Laserre.

—¿Por qué insiste tanto? —refunfuñó Charlie—. Nadie va…

—Está sólo a doscientas yardas, así que vamos ahora. Caminen.

Charlie y Gordon cambiaron una mirada de fastidio, pero no tuvieron más remedio que obedecer la orden. De nuevo salieron los tres, y se alejaron hacia donde habían dejado el cadáver de Nick Brackett. Sentada junto al fuego, Mae los vio alejarse, por una de las ventanillas. Muy pronto desaparecieron por entre los abetos, pero ella permaneció inmóvil, con la mirada fija allí, en el cristal…

¿Había valido la pena?

Bien mirado, ¿qué más daba un hombre que otro? ¿Por qué cambiar a Melville por Gordon? Simplemente, éste era más joven, más atractivo… ¿Y qué? ¿Qué importaba? Con Melville había estado muy bien, ahora que lo pensaba. Había sido un hombre considerado, atento, cariñoso a su manera y, sobre todo, generoso. Para Melville, ella había sido su muñequita, algo en verdad importante, su mejor posesión, y la habría mimado siempre. En cambio, Gordon precisamente por ser más joven, quizás más adelante se cansaría de ella, y encontraría otra chica…, cosa que era difícil imaginar que hubiera hecho Melville.

Sí. Seguramente, cuando terminasen el dinero que tan duramente había conseguido ganar Melville, Gordon la

abandonaría, perdería todo su interés por ella.

En cambio, Melville…

De pronto, apareció Melville.

Melville Roark.

Allí estaba su rostro, en la ventanilla.

Melville Roark la estaba mirando fijamente, de pie fuera de la avioneta, con el rostro pegado al sólido cristal, relucientes los ojos, húmeda la boca, fuera la larga lengua que parecía negra…

No.

No era Melville Roark.

Se lo había parecido a ella, quizá porque estaba pensando en él, pero no era Melville Roark, su marido, sino un lobo.

Incapaz de reaccionar, Mae Roark miraba alucinada el rostro de aquel lobo que la contemplaba a través del cristal, con los ojos llenos del resplandor del fuego, abierta la boca de modo que se veían sus colmillos amarillentos… La expresión del animal era satánica, horrible, aterradora. Su cabeza era enorme, de color gris… ¡Un gigantesco lobo gris!

Mae se estremeció, y, afuera, el lobo gris, enorme, colocado sobre sus patas traseras y apoyadas las delanteras en el cristal, hizo un movimiento de ataque, como si quisiera destrozar el cristal a dentelladas…

El alarido de espanto brotó de lo más profundo del pecho de Mae Roark.

—¡AAAAaaAAAAAAAAAaaaaAAAA…!

El grito llegó amortiguado hasta los tres hombres, en el densísimo silencio. Apenas audible, pero tan henchido de terror que los tres respingaron, y se volvieron instintivamente hacia la avioneta.

—Santo Dios —exclamó Charlie—. ¿Qué ha sido eso?

—¡Volvamos! —gritó Gordon.

Fue el primero en seguir su propia sugerencia, dando la vuelta y echando a correr hacia la avioneta, que no veían desde allí. Estaban muy cerca de donde habían dejado el cadáver de Brackett, y Laserre estuvo a punto de ordenarles que siguieran adelante, pero ya Charlie corría también en pos de Gordon, que gritaba a pleno pulmón.

—¡Mae, ya vamos!

Laserre sólo vaciló un segundo más. Echó a correr a su vez, torpemente, como los otros dos, pues había una capa de nieve lo suficientemente espesa para dificultar la carrera, si no la marcha normal.

El tiempo que invirtieron en desandar el camino hasta la avioneta fue breve en verdad. Los tres se detuvieron jadeantes ante la portezuela, y Charlie tiró con fuerza de ella, abriéndola, de modo que el nuevo alarido de Mae les llegó de lleno, potentísimo, hiriendo sus tímpanos:

—¡AAAaaaAAAAaaaaAAA!

Charlie entró de un salto, y se abalanzó hacia Mae, que seguía sentada en el mismo sitio, cerrados los ojos, desencajado el rostro, gritando, gritando…

—¡Señora Roark! ¡Somos nosotros, señora Roark! ¿Qué le ocurre? ¡SEÑORA ROARK…!

Gordon lo apartó, y, sin miramientos, descargó una tremenda bofetada en pleno rostro de Mae, como había hecho por la mañana en el garaje. El grito de Mae se cortó bruscamente, y ella quedó inmóvil, abierta la boca, temblando… Abrió los ojos, y al ver a Gordon ante ella, emitió un sollozo desgarrador, y abrió los brazos, con un gesto implorante.

Owells se arrodilló ante ella, y la abrazó.

—Cálmate —jadeó—. Por favor, Mae, serénate, no pasa nada…

—Estaba aquí —se estremeció ella—. ¡Gordon, lo he visto, estaba aquí, mirándome…!

—¿Quién?

—Él… ¡Él, era Melville, estaba mirándome por ese cristal!

Laserre lanzó una exclamación de lógica incredulidad, mientras Charlie quedaba de nuevo estupefacto. ¿Se había vuelto loca la señora Roark? ¿Cómo podía Melville Roark estar allí si estaba hecho pedazos en una caldera…? ¿Pedazos? ¡Ya no debía ser ni siquiera un montón de cenizas!

—Cálmate —insistía Gordon—. Mae, cálmate, te lo suplico. Estás asustada, no sabes lo que dices…

—Era él… Me miraba, con ojos relucientes, de color rojo, y sacaba la lengua negra…

—¡Está loca! —gritó Charlie.

Mae ni siquiera le oyó. Continuó tartamudeando explicaciones

que solamente Gordon pudo entender, finalmente, con los pelos de punta.

—Ha sido una visión —jadeó—. ¡No has visto nada realmente, Mae! No hay lobos por aquí… ¡Y olvida esa tontería de que Melville ha reencarnado en un lobo gris y nos persigue! ¡Esas cosas nunca son ciertas!

—Lo he visto, lo he visto… Él me miraba, quería destrozarme, quería morder el cristal…

—Será mejor que se tranquilice —gruñó Laserre—. Para mí que usted está loca de verdad. En primer lugar, nosotros no hemos visto ningún lobo…

—¡Auuuu…! ¡Auuuu…! —Se oyó fuera.

Quedaron los cuatro petrificados, desorbitados los ojos. Habían oído el feroz aullido perfectamente, sin lugar a dudas. Feroz, pero matizado como en un lamento de muerte, como un largo quejido de agonía, de hambre, de frío, de rabia… Un lamento terrible, un aullido espantoso…

—San… Santo… Di… Dios… —tartamudeó Charlie.

—¡Auuuuuuuuuuuuuu…!

Esta vez, el aullido terminó en un largo trémolo, quebrándose, como disolviéndose dolorosamente. Los cuatro estaban pálidos como muertos, y Mae escondió el rostro en el pecho de Gordon, clavando sus uñas en los brazos de él, estremeciéndose como si fuese recibiendo continuas descargas eléctricas, y gritando:

—¡Es él, es él, es él…! ¡Es su aullido…!

—¡Cállate! —gritó Gordon—. ¡Mae, cállate!

—Pa… pa… rece de… verdad el aullido de… del señor Roark —tartamudeó Charlie—. Recuerdo que anoche, cu… cu… ando llegaba a… a… la casa…

—¡No sea imbécil! —Volvió Gordon el rostro hacia él—. ¡Charlie, no diga nada más!

—Es… es… que ese… ese aullido me recuerda…

—¡Auuuuuuuuuuuuuu…!

Jacques Laserre se estremeció, soltando una horrenda blasfemia.

—Es un lobo —dijo entre dientes—. ¡Solamente un lobo que anda por aquí! Así que vamos a calmarnos todos y a tomar las cosas como son realmente… No entiendo bien lo que ustedes dicen, pero sí sé que un lobo es solamente un lobo. Y nosotros no vamos, a

temerle a ese animal. Somos cuatro, y tenemos un arma… Peor para ese bicho si se acerca por aquí. Y nada de histerismos, mientras tanto. Usted, Owells, tranquilice a esa loca, y usted, Charlie, avive el fuego… ¡Vamos, vamos, nada de tonterías!

Aquélla fue la primera noche de lobos.

Ninguno habló, ninguno durmió.

Charlie sacó un par de mantas, y Laserre se quedó una cediendo la otra a Mae. Los cuatro permanecieron junto al fuego, alimentándolo convenientemente. Sin la menor duda, aquélla fue la noche más larga de sus vidas.

Una noche en la que lo único que se oyó, con aterradora y desesperante regularidad, fueron los aullidos.

Sí.

Una auténtica noche de lobos.

CAPÍTULO VII

FINALMENTE, la oscuridad fue disolviéndose, muy despacio. Igual que si en una gran taza con un poco de café, se fuese vertiendo leche.

Y cuando eran ya más de las diez de la mañana, apareció un resplandor rosado, pálido que hacía brillar la nieve. No se veía el sol; solamente, su resplandor. Pero era suficiente para aliviar un poco los deprimidos ánimos. La luz. La luz del sol. No era poco.

Entonces, Jacques Laserre, con su comentario, recordó a todos que la situación comenzaba a ser auténticamente mala.

—Tengo hambre —dijo.

Los otros se quedaron mirándolo fijamente. ¿Hambre? Bueno, a fin de cuentas, Laserre era un sujeto duro, de agallas. O lo parecía al menos. Ellos no tenían hambre… ¿O sí la tenían? Perplejos, recordaron que hacía veinticuatro horas o poco menos que no comían. Veinticuatro horas. Todo un día. Por lo tanto, lógicamente, debían sentir cuando menos apetito. Lo que ocurría era que la situación les había impedido pensar en comer.

Pero ahora, que Laserre lo decía, realmente…

—Yo también —murmuró Charlie.

Mae y Gordon no dijeron nada. Pero tampoco hacía falta.

—Tenemos que salir por más leña —murmuró Laserre—. Luego, iremos a por la otra pistola.

—Usted es un tipo de ideas fijas, ¿verdad? —masculló Charlie.

—Por si no lo sabe, no tengo ningún cargador de repuesto para la mía —masculló también Laserre—, así que recoger esa pistola es lo mismo que hacer acopio de municiones. Y quizá nos sean muy útiles, podemos cazar algo, para comer.

—¡Le admiro! —rió ahora Charlie—. ¡Es usted todo un optimista, Laserre!

—¿No cree que cacemos nada?

—Oh, sí… ¿Alguna vez han comido carne de lobo? Porque me temo que eso es lo único que encontraremos por aquí. Y le diré por qué: cuando aparecen los lobos, todos los demás animales se dan a la fuga a toda velocidad. No sé si le parece razonable.

Laserre frunció el ceño, con gesto sombrío.

—Sí —admitió—. Pero a mí lo mismo me da comer carne de lobo que de otra cosa. Peor para ellos si se ponen a tiro de mi pistola. ¿Qué diferencia puede haber entre comer asado un cuarto de lobo o de ternera?

—Cuando se siente hambre, ninguna diferencia, supongo. Y a lo mejor, hasta descubrimos un nuevo plato exquisito. Bien, salgamos. Al menos, nos moveremos, y entraremos en calor.

—¿No le basta el fuego?

—Con el fuego, se calienta uno por fuera, se va asando, pero no entra en calor. Son dos cosas diferentes. Por mi parte, me ofrezco voluntario para cortar leña. ¿Viene, señor Owells?

Gordon Owells no dijo nada, pero se puso en pie. Salieron los dos de la avioneta, y comenzaron a mover los brazos enérgicamente. Entre esta rudimentaria gimnasia y el trabajo de conseguir más ramas de abeto, ciertamente, entraron en calor, sobreponiéndose al intenso frío. A última hora, Laserre les ayudó, pero dedicándose con más atención a vigilar las proximidades… Todos habían oído el aullido del lobo. Lo mismo podía ser uno solo, el que había visto Mae Roark, que toda una manada.

Por fin, cuando ya habían avivado el fuego, Laserre insistió en ir a buscar la pistola, y entonces reaccionó Mae, vivamente.

—¡Yo también voy!

—¿Para qué? Es mejor que se cuide del fuego…

—¡No…! ¡Yo no me quedo sola aquí…!

—Déjela que venga —pidió Owells—. El fuego está fuerte ahora, no se apagará aunque tardemos media hora.

—Está bien.

Salieron los cuatro de la avioneta, y emprendieron la marcha hacia donde el día anterior Gordon y Charlie habían dejado el cadáver de Nick Brackett. No hubo dificultades, ni tropiezos. Llegaron sin novedad junto al cadáver.

Es decir, junto a lo que quedaba del cadáver de Nick Brackett.

Los tres hombres palidecieron, lanzando sendas exclamaciones

de espanto. Mae pareció incapaz de reaccionar… Con ojos desorbitados, se quedó mirando el esqueleto mondo y lirondo de un ser humano que sólo podía ser Brackett, desde luego… Ahora, era un perfecto y pulido esqueleto, sin una sola partícula de sangre adherida a éste. Algunos huesos estaban rotos, astillados, triturados. Y alrededor, la nieve estaba removida, con huellas de garras claramente definidas en algunos puntos, mientras que alrededor del cadáver se veían manchas rojas, oscuras ya… Había sido un despedazamiento total.

—Se lo han comido —jadeó por fin Laserre—. ¡Se lo han comido los lobos!

Mae lanzó un gemido, cayó de rodillas y ocultó el rostro con las manos, rompiendo a llorar. Gordon Owells le dirigió una mirada, vaciló, y volvió a mirar la pistola, que se veía junto al esqueleto, manchada de sangre; por hambre que tuviesen los lobos, aquél era un bocado demasiado duro. Charlie también estaba mirando la pistola, pero antes de que él o Gordon se decidieran, Laserre se adelantó y la recogió.

—Será mejor que… —empezó.

—¡Auuuuuuuu!

El sobresalto fue general. Mae se puso en pie de un salto mirando despavorida a todos lados, y gritando:

—¡Está aquí…! ¡Melville está aquí!

Ni siquiera la miraron, porque estaban mirando a su alrededor, Laserre con una pistola en cada mano, tenso, asustado pese a estar bien armado…

—¡Allí! —gritó Charlie, señalando.

Los otros tres miraron hacia el punto indicado, y vieron al lobo.

Un solo lobo.

Un enorme y terrorífico lobo gris. Gigantesco, espantoso, con una cabeza grandiosa, llena de sarna y sangre, con la piel arrancada sangrientamente en algunas partes del cuerpo y la cabeza. Estaba agazapado junto a un abeto, encogido, con la cola baja, los ojos llameantes, las fauces abiertas… Se aprestaba a saltar hacia ellos…

—¡Laserre, dispare! —gritó Gordon.

El canadiense reaccionó. Apuntó al lobo, y disparó.

¡*Pack*!, restalló el disparo en el silencio.

Un surtidor de nieve se alzó junto al lobo, que saltó de costado,

emitiendo un espeluznante gruñido, dio la vuelta, y echó a correr, torpemente, alejándose.

—¡Dispare, dispare, dispare…! —gritaba Owells.

Laserre pareció a punto de hacerlo de nuevo, pero cambió rápidamente de idea.

—No pienso malgastar las balas en los lobos que huyen… Las necesitaremos para los que ataquen… ¡Volvamos a la avioneta! ¡Deprisa!

—¡Auuuuuuuuu…!

Oyeron otro aullido en sitio distinto. Mae fue la primera en echar a correr, tomando en pocos segundos una sorprendente ventaja a los tres hombres, tal era su miedo. Pero el de ellos no era mucho menor, así que salieron tras ella a toda velocidad… Es decir, a toda velocidad posible sobre la capa de nieve de no menos de un pie de espesor, resbalando y cayendo continuamente.

Aparecieron de pronto, por entre los abetos, aullando al principio, pero silenciosos en cuanto vieron la caza.

Eran por lo menos media docena. Menos grandes que el lobo gris, pero poderosos, terribles, con unas fauces horrendas… Mae gritaba enloquecida viendo aquella manada cargando contra ellos, sin temor alguno. Para ella, eran seis pares de ojos de color rojo resplandeciente que se acercaban como rayos, arrancando nieve y salpicando a todas partes.

Charlie gritaba también, y era el que más corría, hasta el punto de que la rebasó enseguida; estaba tan pálido que las pecas le destacaban más que nunca en el rostro. Laserre y Owells corrían por un igual, quizá con una ligera ventaja para el canadiense, que no sabía qué hacer, si volverse a disparar o seguir corriendo. Si se volvía a disparar, ciertamente, mataría a algún lobo…, pero quedarían los suficientes para hacerle pedazos. Y si seguía corriendo sin disparar, los iban a alcanzar en pocos segundos…

De modo que se volvió y disparó.

Pero no contra los lobos.

La bala, desde apenas un par de metros, alcanzó a Gordon Owells en el vientre, y le detuvo en seco. Owells lanzó un alarido de dolor, se llevó las manos al vientre, y cayó de bruces sobre la nieve, encima de las huellas dejadas por Laserre, que continuó corriendo en pos de Charlie y Mae, que no se habían enterado de nada…

—¡Mae! —chilló Gordon—. ¡Mae, Mae…!

Ésta y Charlie volvieron la cabeza un instante, pero lo que vieron aún puso más frenesí en su carrera; cerca de ellos, Laserre se les iba acercando, mientras más allá, los lobos habían desviado su ataque, y cargaban directos hacia el caído Gordon, que chillaba enloquecido, intentando ponerse en pie para continuar la carrera hacia la salvación.

Los lobos llegaron justo cuando había conseguido ponerse de rodillas.

Y, por cierto, olvidaron por completo, inmediatamente, a los otros tres fugitivos.

Por el momento, tenían suficiente con Gordon Owells.

CAPÍTULO VIII

JACQUES LASERRE dejó de mirar el ya diminuto fuego, y alzó la cabeza.

—Habrá que salir a buscar más leña —murmuró.

Charlie y Mae lo miraron mortecinos. Parecía que no habían entendido… Los dos estaban como alucinados.

—He dicho…

—Le he oído —susurró Charlie.

—Pues ya lo sabe; salga a buscar más leña.

—¿Yo? —sonrió raspadamente el piloto.

—No pensará que voy a hacerlo yo, ¿verdad?

—Me tiene sin cuidado que usted salga o no, Laserre. Lo que sí le aseguro es que yo no pienso salir.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero acabar en las barrigas de los lobos. Ni hablar de eso.

Laserre se acercó a una de las ventanillas, y miró al exterior. No se veía ningún lobo. Pero, eso era lo mismo que decir que no estaba nevando; podía nevar en cualquier momento. Y del mismo modo, podían aparecer los lobos. Si… Podían aparecer en cualquier momento, igual que la nieve. Pero lo cierto era que muy pronto sería de noche, y entonces todo sería peor, porque ni siquiera tendrían la pequeña ventaja de ver si había o no había lobos rondando la avioneta. Y si llegaba la noche y no tenían leña, amanecerían muertos de frío.

Eso era seguro.

Así que Laserre se volvió hacia Charlie, inescrutable el barbudo rostro.

—Le diré como están las cosas, Charlie, si usted sale a buscar leña, todo irá bien, porque yo voy a protegerle desde aquí con las pistolas…

—¿Igual que protegió a Owells?

—¡Disparé contra los lobos, pero no acerté a ninguno, y el estúpido de Owells cayó! ¿Qué culpa tengo yo de eso? ¿Y qué quería que hiciese? ¿Quedarme allí para que también me devorasen a mí?

—No lo sé… No sé, Laserre. Quizá yo habría hecho lo mismo que usted —admitió—. Sea como sea, no pienso salir de la avioneta. Se lo garantizo.

—Pues yo voy a garantizarle otra cosa, Charlie; sí usted no sale a buscar leña, lo voy a matar —le apuntó al pecho con una de las pistolas—, y echaré su cadáver a los lobos.

—¡No! —gritó Charlie.

—Sí. Eso sería definitivo para usted, ¿no le parece? En mi opinión, es mejor que sea razonable, y salga a por leña; siempre tendrá más oportunidades de sobrevivir que si lo mato ahora mismo y echo su cadáver fuera de la avioneta. ¿Está claro?

—No… No, no, no… ¡Laserre, no haga eso!

—Salga a buscar leña.

—No… Señora Roark —Charlie se volvió implorante hacia Mae —, dígale que no me obligue a eso. ¡Por favor, dígaselo, convénzale usted…!

Mae lo miró, tan inexpresivamente que Charlie se preguntó si ella realmente lo estaba viendo. Por fin, Mae encogió los hombros, y volvió a fijar su mirada en el fuego… En el poco fuego que quedaba…

—Señora Roark, dígale… ¡Por favor, dígale…!

—¡Ya está bien! —cortó Laserre—. ¡Salga o le mato!

Charlie abatió los hombros, y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Cuando volvió a mirar a Laserre, éste le apuntaba con la pistola, y no cabía la menor duda de que pensaba cumplir su amenaza.

La pregunta era: ¿acaso no era mejor morir de un balazo que devorado por los lobos incluso antes de estar bien muerto? Porque si lo devoraban cuando ya estaba muerto, él no se enteraría de nada; pero si salía ahora y le atacaban… Por otra parte, no era seguro que los lobos fuesen a aparecer, y, además, Laserre le protegería con sus pistolas, por la cuenta que le tenía a él mismo…

Charlie Fenton abrió la portezuela del avión, se asomó, y estuvo unos segundos mirando a todos lados.

Nada.

Ni rastro de los lobos.

Un silencio total; blanco y gris, quizá azulado.

Saltó al exterior, sacó la navaja, y se acercó al abeto más próximo. Volvió la cabeza, y vio a Laserre en el hueco de la portezuela, pistola en mano mirando a todos lados, muy atento.

Durante cinco minutos, Charlie estuvo cortando leña y arrancando ramas del abeto, apilándolas… Era mejor conseguir mucha leña, pues de otro modo, Laserre le obligaría a volver a salir aunque aún fuese de noche. Tenía que recoger leña suficiente para todas aquellas cercanas y largas horas de oscuridad.

Media hora después de haber salido de la avioneta, Charlie Fenton había conseguido su propósito de reunir tanta leña que sin duda les duraría toda la noche. La fue llevando a la avioneta, donde Laserre se hacía cargo de ella, y la iba amontonando en popa, ayudado por Mae, que parecía una autómata, Y por fin, Charlie pudo acogerse de nuevo a la protección de la avioneta, sentándose ante el fuego, de nuevo alegre, avivado.

Se dio cuenta de que Laserre lo estaba mirando fijamente, y se mordió los labios. ¿Qué nueva jugada estaría preparando el maldito canadiense? Lo odiaba…

Charlie se sobresaltó. Sí en efecto, odiaba a Laserre… Se dio perfecta cuenta de ello, lo sentía en su interior. Nunca había odiado a nadie, pero en aquellos momentos odiaba con todas sus fuerzas al barbudo sujeto que estaba disponiendo de su vida. Disponía de él como de un esclavo que no vale nada. Allá estaba, todos eran seres humanos iguales, pero Laserre, porque tenía dos pistolas, era el amo y señor de las tres vidas…

—¿Está seguro de que no hay nada para comer aquí? —preguntó Laserre.

—Sí… Seguro.

El canadiense se pasó una mano por el rostro, inquieto.

—Tengo hambre… Hay que hacer algo, hay que pensar algo para conseguir comida.

—Salga a cazar lobos —sugirió Charlie—. Porque no se puede hacer otra cosa. Antes, cuando no pensábamos en los lobos, las probabilidades de salir del bosque eran remotas. Ahora, no tenemos ni una sola probabilidad. A menos que matemos a todos esos

lobos… Eso nos proporcionaría comida… y vía libre para intentar la marcha, menos probable será que consigamos salir del bosque.

—¿Por qué?

—Porque cuando hay un grupo, unos se ayudan a otros, aunque a veces sea sólo moralmente. Unos se dan fuerzas a otros… Una sola persona, o dos, jamás lo conseguirían.

—O sea, que si finalmente lo mato a usted porque no quiera salir a buscar leña, la señora Roark y yo jamás saldríamos de aquí.

—Ésa es la idea, aproximadamente —sonrió Charlie, de un modo siniestro.

Laserre asintió con la cabeza, y quedó pensativo, sombrío. Tenía hambre, un hambre espantosa. Cierto que aún podría aguantar bastante tiempo sin comer, nunca se detiene. La vida, sí, pero no el tiempo. Con el hambre, ocurre una cosa curiosa, cuanta más se tiene, más fácil es soportarla. Pero el cuerpo se va debilitando, debilitando, debilitando… La muerte por inanición es lenta…, pero inevitable. Por lo tanto, había que encontrar algo para comer, y pronto, porque cuanto más débiles estuviesen, más difícil sería. La sed no era problema en absoluto, ya que les bastaba meterse en la boca puñados de nieve. Pero el hambre…

—Tenemos que hacer algo —insistió Laserre.

—Ya le he dicho que salg…

—¡Cállese!

—Solamente iba a exponerle la única solución, Laserre. La carne de lobo…

—¡Auuuuu…!

Mae se irguió, lanzando un grito de terror. Los dos hombres solamente respingaron, y abrieron mucho los ojos.

—Ahí están de nuevo —jadeó Laserre—. ¡Ahí están de nuevo!

—Parece que su hambre es insaciable —comentó Charlie—. Lo mismo nos pasará pronto a nosotros. Sólo que nosotros no nos atrevemos a ir a por ellos, y ellos si se atreven a venir a por nosotros. ¿O si se atreve, Laserre?

—No me provoque —amenazó el canadiense—. Usted no sabe quién soy yo, muchacho.

Charlie se limitó a sonreír de un modo suave, extraño… Sabía muy bien con quién se estaba metiendo, con un tipo de ésos que parecen muy fuertes cuando todo está a su favor, pero que no

tardan en perder los nervios cuando algo se les pone difícil…

—¡Auuuuuuuu…!

—Está más cerca ahora —dijo Laserre—. Deben…

—Ése es Melville —dijo Mae, con voz ronca.

—¿Quién?

—Mi marido.

—Sí que lo parece —sonrió Charlie—. El aullido es idéntico.

—¡No digan tonterías! —explotó Laserre.

—No son tonterías —negó Charlie—. Los lobos son como las personas, cada uno tiene su voz. Si hay muchos lobos, y todos ellos aúllan a la vez, claro, no es fácil distinguir la voz de ninguno, especialmente, cuando no se les conoce, como es lógico. Pero ello no quita que cada cual tenga su timbre de voz, su modo de aullar. Y ése, ciertamente, parece el señor Roark.

Mae lo miraba fascinada y aterrada, pero Charlie no le hacía caso. Estaba mirando con sorna al canadiense, que le contemplaba a su vez con un gesto de amenaza, y parecía dispuesto a decir algo…

—¡Auuuuu…!

—Vaya si lo es —aseguró Charlie—. Jamás podría olvidar ese aullido… Y cada vez está más cerca. Quizá quiera vengarse de usted, señora Roark.

—No —tartamudeó ella—. No… no…

—¿Por qué no? Usted y el señor Owells lo mataron, lo hicieron pedazos. Hay quien cree que los lobos son malos, pero no es cierto. Lo que ocurre es que ésos que están ahí fuera van locos de hambre… Y con hambre, nadie sabe lo que se puede hacer. Es una cuestión de supervivencia, y en esas condiciones, hasta los seres humanos nos convertimos en bestias. Y si a eso, la sumamos que su marido ha reencarnado en un lobo viejo y sarnoso, al que los demás no le permiten acercarse a comer y lo tratan a dentellada limpia, imagínese usted el estado de humor en que debe hallarse su marido. Yo creo que si hay alguien en éste lugar que tenga verdadera hambre, es ese viejo y sarnoso lobo gris…, que quizá alguna vez fue jefe de la manada. Mala suerte la de su marido. Pudo reencarnar en…

—¡Le voy a matar! —le apuntó Laserre con una pistola—. ¡Le voy a matar si no se calla!

—Pues ya me callo —dijo apaciblemente Charlie.

—¡Auuuuuuuu…!

Charlie abrió la boca cuando terminó el último aullido, pensando en decirle a Laserre que había alguien que no quería callar, pero desistió de la broma. No era momento, en verdad. Miró a Mae, que estaba inmóvil, con la mirada fija en una de las ventanillas, como si esperase que el viejo y sarnoso lobo gris volviese a aparecer en ella.

Y así fue.

De pronto, la cabezota del lobo gris apareció detrás del cristal, y Mae lanzó un grito y escondió el rostro entre las manos, el canadiense apuntó hacia allí su pistola, jadeando una exclamación de espanto, mientras Charlie se atragantaba… Por fortuna, Laserre no llegó a disparar. En primer lugar, el cristal seguramente habría soportado el impacto de la bala, que podría haber herido a cualquiera de ellos al rebotar. Y en segundo lugar, aún habría sido seguramente peor que hubiese roto el cristal.

Así que los dos hombres se quedaron mirando a la bestia del exterior, que los miraba a su vez. Parecía entender que no podían hacerle daño, porque permaneció allí alzado, con la patas delanteras en el cristal, mirándolos, relucientes los ojos, tiesas las orejas, abiertas las fauces negruzcas, mostrando la lengua… Su cabeza era enorme y consecuentemente, su boca, en la cual faltaban ya algunos dientes…

Mae dejó de sollozar al darse cuenta del gran silencio, y apartó las manos del rostro, para mirar de nuevo hacia la ventanilla, pensando que el lobo gris habría desaparecido ya. Pero no era así, y la muchacha volvió a gritar y a ocultar el rostro con las manos.

Había comenzado a nevar, y algunos copos caían sobre la cabezota del lobo gris, que permaneció allí, como una visión demoníaca, inmóvil, llenos de fuego sus ojos…

—¡Auuuuuuuu…! —aulló de pronto, alzando la cabeza.

Mae comenzó a gritar histéricamente, y el canadiense palideció aún más. Charlie, no menos pálido, y tras respingar, tomó uno de los leños del fuego, ardiendo por el otro extremo, y lo tiró contra la ventanilla, donde rebotó delante mismo de la cara del lobo gris, que desapareció en el acto, lanzando un tremolante aullido de miedo.

El tizón rebotó con fuerza en el cristal, y fue a dar de lleno con la parte ardiendo sobre el ojo derecho de Mae, que había alzado el

rostro y gritaba a todo pulmón, desencajadas las facciones. Lanzó otro alarido aún más fuerte cuando la brasa se clavó en su ojo, y se echó hacia atrás con tanta fuerza que se dio de cabeza contra uno de los asientos, en su parte metálica, lo cual la privó instantáneamente del conocimiento.

Charlie se había puesto en pie de un salto, y se abalanzó hacia ella, alzándole el torso.

—¡Señora Roark, sen…!

Se calló bruscamente, atragantado por el horror al ver en qué estado había quedado el ojo de Mae Roark. Laserre se había acercado también, y al verlo quedó como clavado al piso de la avioneta lanzando un aullido de espanto…

—¡Auuuuuuu…! —Se oyó afuera.

Charlie se estremeció, y por fin pudo tragar saliva.

—Dios bendito —tartamudeó—. ¡Tiene abrasado el ojo!

—Usted tiene la culpa —dijo Laserre, con voz ronca.

—Es… es horrible… ¡Y el botiquín fue una de las cosas que quedó destrozada!

—¿De qué iba a servirle? Ella ha perdido ese ojo para siempre, y de nada serviría un botiquín… Y hasta sería mejor para ella que se hubiese matado con el golpe.

—No… no, no. Está viva.

—Pues cuando despierte, no quisiera estar en su pellejo. No sólo cuando se vea reflejada en una de las ventanillas, sino por el dolor que va a sentir durante unos días.

—¿Unos días? —murmuró Charlie—. ¿Realmente cree usted que sobreviviremos unos días, Laserre?

—Aguantaremos. Ya que no podemos alejarnos de la avioneta, esperaremos aquí y aguantaremos. En Anchorage debían saber que usted salía para allá, ¿no?

—Claro —gruñó Charlie—. Y ya deben estar buscándonos. Pero no será fácil que nos encuentren. Si hubiésemos caído en la nieve, no tardarían mucho, pero aquí… Los árboles impedirán que puedan ver los restos de la avioneta desde arriba. Y quizá eso les lleve a pensar que hemos caído en la nieve, nos hemos hundido parcialmente en ella, y que luego una nevada ha terminado de cubrirnos… No nos encontrarán nunca, me temo.

—¡Pues yo no estoy dispuesto a terminar mis días aquí, de un

modo tan estúpido!

—Es usted muy dueño de hacer lo que quiera, Laserre.

Éste dirigió otra mirada a Mae, se estremeció, y fue a sentarse ante el fuego, quedando una vez más sombrío y silencioso.

Pero afuera, no había silencio, porque los lobos comenzaron a turnarse en sus aullidos, ya completamente de noche.

Otra noche de nieve y lobos.

CAPÍTULO IX

—YA se ve lo suficiente —dijo Laserre—. Salga a buscar leña, Charlie.

—Muy bien —dijo éste, poniéndose en pie.

—¿No discute? —se sorprendió Laserre.

—Ya se discutió todo al respecto. Traeré leña.

En realidad. Por encima de todo, quería salir, dejar de oír los lamentos de Mae Roark, que yacía tendida en el suelo, envuelta en la manta, ocultando incluso la cabeza. Se había pasado toda la noche gimiendo su dolor, desde el mismo instante en que recobró el conocimiento. Y aquellos gemidos, aquellos suspiros, aquellos sollozos, tenían los nervios de Charlie y Laserre hechos papilla.

Laserre ni siquiera se había acercado a Mae, pero él había intentado consolarla, al principio. Y lo único que había conseguido fue que Mae gritase al oírle junto a él, y que retrocediese para ocultarse mejor en la manta, exigiéndole que se alejase, que no la tocase, que no la mirase siquiera…

Sí.

Verdaderamente, fue un alivio para Charlie Fenton salir de la avioneta al silencio del exterior. Aquella larguísima noche había nevado, y la capa de nieve, en consecuencia, era algo mayor. De cuando en cuando, de las ramas de los abetos caían puñados de nieve, que hacían un ruido blando, y dejaban en el aire puntitos blancos pulverizados, brillantes. Eso era lo único que se oía.

Mejor. Mejor, porque así, Charlie podría pensar.

Aunque no tenía ya gran cosa que pensar, pues estaba decidido. De seguir las cosas así, sabía que pronto iba a morir, bien a balazos por negarse a salir en un momento determinado, bien bajo las dentelladas de los lobos si decidían atacarle… Lo cual harían en cuanto su último alimento representado por Gordon Owells hubiese sido ya olvidado, y el hambre feroz viniese a hacer presa en ellos.

Sí. Estaba decidido.

De modo que Charlie cortó aquella vez más leña que nunca, frenéticamente, procurando no pensar en los lobos, que podían aparecer en cualquier momento.

No aparecieron. Y finalmente, Charlie se dedicó a arrastrar todas las ramas hacia la avioneta. Esta vez, le ayudó sólo Laserre, pues Mae seguía envuelta en la manta, gimiendo el espantoso dolor que sentía en el ojo abrasado. El canadiense la fue llevando hacia popa, como siempre, amontonándola allí, haciendo un par de comentarios sobre el buen trabajo de Charlie al cortar tanta.

Por fin, sólo quedó fuera la rama más grande, cuidadosamente escogida por Charlie, que tenía las manos llenas de ampollas de manejar la navaja para tan difícil menester.

—Habría que cortarla por lo menos en dos —dijo Laserre—, o no podremos entrarla.

—Ya lo creo que entrará —aseguró Charlie—. Usted tire por ese extremo, y yo empujaré por éste.

Les llevó algunos minutos, pero lo consiguieron. La rama fue introducida en la avioneta, y Charlie se apresuró a cerrar la portezuela, lanzando un suspiro de alivio y fatiga. Laserre había soltado la rama, y se soplaba las manos, doloridas.

—¿Qué le pasa? —sonrió hoscamente Charlie.

—Nada —masculló el canadiense.

—Le duelen las manos, ¿verdad? Pues imagínese a mí, que he tenido que cortar todas estas ramas. Bueno, vamos a quitar esta última de en medio, y podrán descansar… Agarre de ese extremo y tire con fuerza hacia popa: la dejaremos encima de las demás. No, espere. Por ahí no. No tan al extremo, Laserre, o no podrá meterla lo suficiente hacia popa… ¡Maldita sea, hombre, por aquí!

Charlie soltó su extremo, se acercó, y señaló la parte donde convenía que Laserre colocase las manos. No sin refunfuñar, el canadiense obedeció, comprendiendo que Charlie tenía razón. Así que tuvo que acercarse más, asió la rama con ambas manos…

Lo primero que vio fue la extraña sonrisa de Charlie, que lo miraba fijamente. Inmediatamente, sin saber por qué, Laserre bajó la mirada, y vio la navaja en la mano de Charlie… La había visto tantas veces, mientras el buen Charlie cortaba leña, que durante una fracción de segundo no se le ocurrió nada nuevo al respecto.

Sólo durante una fracción de segundo… Enseguida, respingó, comprendiendo lo que iba a suceder, y se dispuso a soltar la rama.

La mano derecha de Charlie se movió, y la embotada hoja de acero atravesó con dificultades la ropa de Laserre, justo a la altura del vientre.

Atravesar la carne ya no fue tan difícil para la navaja tan fuertemente manejada.

Jacques Laserre lanzó un alarido, soltó la rama, y llevó la mano derecha hacia la pistola, pero ni siquiera llegó a tocarla. Charlie había retirado la navaja, para volver a hundirla inmediatamente, un poco más abajo, con seco golpe, fulgurantes los ojos, desencajado el rostro en una mueca de odio.

—¡Sí! —gritó—. ¡Te odio!

Laserre había lanzado otro alarido, pero más débil. Sus ojos desorbitados estaban fijos en Charlie, y su boca se abría en una espantosa mueca agónica.

Charlie retiró la navaja de nuevo, y otra vez la hundió en el cuerpo de Laserre, con más fuerza aún, cada vez más rabioso. De los labios de Laserre brotó ahora solamente un gemido.

Y después del cuarto navajazo, ni siquiera eso.

Hubiese caído sobre Charlie, pero éste lo desvió, de modo que cayó de bruces sobre la rama de abeto, y quedó como colgado, suspendido más bien, meciéndose sobre el flexible ramaje. Charlie estuvo mirándolo quizá durante un par de minutos, todavía demudado, con unas gotas de sudor rápidamente helado en su frente.

Demasiado ejercicio para el buen Charlie.

Por fin, se pasó la mano izquierda por la frente, y volvió la cabeza hacia donde yacía Mae Roark. Ella no había visto nada, no se había enterado de nada. Seguía envuelta en la manta, gimiendo en ocasiones en tono más alto. Era lo único que se oía.

Charlie fue a sentarse ante el fuego, y se quedó mirándolo, fijamente, durante minutos y minutos. Y horas. Horas y horas… Sólo se movía para arrancar algunas ramas y añadirlas al fuego cuando le parecía qué éste disminuía demasiado.

Y así llegó una nueva noche.

Había nevado en abundancia, pero Charlie ni siquiera se había enterado de ello. Había estado muy ocupado pensando. Y no se

engañaba a sí mismo, era un asesino.

—¡Auuuuu…!

Charlie dejó de contemplar las llamas para fijar la mirada en el cristal de una de las ventanillas.

—Así que aquí estáis de nuevo —murmuró—. Y tenéis más hambre, ¿no es cierto? Bueno, pues yo también tengo hambre, y me aguanto. Daría cualquier cosa por tener algo que comer, pero no tengo. ¿O sí tengo?

Primero miró hacia Mae, que había enmudecido al oír el primer aullido de la siguiente noche de lobos.

Luego, hacia el cadáver de Jacques Laserre, tendido de bruces sobre la rama.

Finalmente, Charlie Fenton tragó saliva, movió la cabeza en sentido negativo. No. No podría hacerlo jamás, pensó… Jamás.

Pero se levantó, y fue hacia Laserre. Todavía estuvo algunos minutos vacilando, antes de proceder a desnudarlo, mirando de reojo de cuando en cuando a Mae, que seguía inmóvil y silenciosa, sin enterarse de nada. Debía estar petrificada de miedo.

El cadáver de Laserre quedó desnudo, por fin, y Charlie, llenas las manos de sangre seca, se quedó mirándolo. Le daba asco… Un asco terrible, contemplar aquel cuerpo tan blanco y velludo, Pero acercó la navaja a un brazo, y la hundió un poco… Si la hundía una pulgada y cortaba hacia abajo, conseguiría una buena tajada.

Al pensar esto, Charlie se estremeció tan fuertemente que pareció que daba un salto, para caer arrodillado de espaldas al cadáver de Laserre. Allí estuvo un par de minutos, sacudiéndose en violentísimas arcadas que parecían volver al revés su vacío estómago, y le producían sudor, y desencajaban sus facciones… Por fin, se puso de nuevo en pie, y evitando mirar al cadáver de Laserre, desnudo sobre la rama, volvió ante el fuego, temblando.

—¡Auuuuu…!

Charlie miró el cadáver de Laserre.

—Es lo que te mereces —pensó—. Igual que tu compañero, igual que el señor Owells, eso es lo que merecéis todos, ir a parar a las barrigas de los lobos. Pero en cuanto a mí…, ¿no soy ahora tan asesino como vosotros mismos?

—¡Auuuuu…!

Charlie se puso en pie, fue de nuevo hacia el cadáver de Laserre

y se lo cargó en un hombro, desplazándose seguidamente hacia la proa de la avioneta, pasando con su carga por encima de Mae, que ahora sumida en completo silencio, seguía sin enterarse de nada, al parecer.

Descargó el cadáver delante de la lona que suplía con bastante eficacia el roto parabrisas, y la apartó un poco, en efecto, la nieve se había amontonado ya allí, de modo que no podía ver el exterior por el hueco… Comenzó a cavar en la nieve, deslizándola hacia el interior de la avioneta, cubriendo poco a poco con ella el cadáver de Laserre, hasta conseguirlo completamente, si bien con una capa delgada.

Luego, volvió a obturar la abertura, colocando bien la lona.

El aire había enfriado completamente el interior hasta entonces aceptablemente cálido de la avioneta, así que se apresuró a avivar el fuego, aunque pensando que el nuevo calor iría derritiendo la fina capa de nieve que cubría a Laserre. Bueno, no importaba, mientras afuera continuase nevando, iría colocando sucesivas capas sobre el cadáver.

Cualquier cosa menos entregárselo a los lobos.

Ya bien provisto el fuego, Charlie se envolvió en la manta que hasta entonces había utilizado Laserre, y se tumbó.

Por fin podría pasar la noche durmiendo de verdad. Hasta entonces, no se había dado cuenta de lo terriblemente cansado que estaba. Tan cansado, tan cansado, que aquella noche no oiría ni siquiera el aullido de los lobos.

Tan cansado, que seguramente pasaría toda la larguísima noche durmiendo a pierna suelta.

* * *

Pero despertó de pronto, sin saber por qué.

Abrió los ojos, vio el resplandor del fuego, y, a un lado, el rostro de Mae Roark, inclinado sobre él.

Fue una vista tan horrible que Charlie Fenton respingó iniciando el salto que debería ponerlo en pie… Y eso fue lo que salvó su ojo derecho.

Al comenzar a incorporarse tan vivamente, el tizón que empuñaba Mae Roark no le alcanzó allí, en el ojo derecho, sino en el hombro, sobre la clavícula, y la brasa se desmenuzó sobre la ropa, esparciendo chispas ardientes a todos lados, aunque Charlie

las notó solamente en el cuello, clavándose allí, hundiéndose en la carne como cientos de alfileres. Los dos gritaron entonces a la vez. Mae, de rabia, por el fallido golpe. Charlie, de espanto, acabando de ponerse rápidamente en pie mientras con una mano empujaba rudamente a la muchacha, que rodó sobre su espalda, hacia el fondo del pasillo por la parte de proa. La rama ardiendo había escapado de la mano de Mae, pero ésta se abalanzó inmediatamente en busca de otra. Charlie comprendió sus intenciones, y saltó hacia ella, lanzando un grito, cada vez más aterrado ante la actitud de la joven y exbella señora Roark.

Cayó sobre Mae cuando ésta aún no había asido ningún tizón, la empujó hasta ponerla de espaldas, y se colocó a horcajadas sobre ella, sujetándola por las muñecas con todas sus fuerzas, pues ella se debatía como una auténtica fiera, gritando y rugiendo sus propósitos de vengarse de Charlie por haberle quemado un ojo…

—¡Señora Roark, cálmese! —vociferaba también Charlie—. ¡Por favor, cálmese, no fue intencionado, sólo quería que el lobo se fuese, para que usted no pudiese verlo! ¡Lo hice por usted, sólo por usted…! ¡Cálmese, o tendré que matarla!

Mae quedó inmóvil, y así estuvo unos segundos fijo en Charlie su ojo izquierdo, desorbitado. Por fin, rompió a llorar.

—Quiero vivir —sollozó—. ¡Quiero vivir, quiero vivir, Charlie! Por favor, ayúdeme, sáqueme de aquí, vámonos…

—Lo haremos, señora Roark, se lo garantizo —Charlie soltó las muñecas de ella al comprender que al acceso de furia y de odio había cedido, al menos de momento—. Pero no podemos marcharnos ahora, o moriríamos.

—¡También moriremos si nos quedamos!

—No… Ya no, señora Roark; Tenemos calor, y cuando sea de día saldré en busca de comida. Encontraré algo para los dos, ya verá, y cuando comience el deshielo, dentro de un par de semanas, nos iremos de aquí…

El único ojo sano de Mae Roark giraba en todas direcciones.

—¿Y Laserre? ¿Dónde está Laserre?

—Se ha ido.

—¿Se… se ha ido? ¿Adónde?

—No sé. Se marchó.

—Pero… ¡Pero nos ha dejado solos aquí, sin armas, sin nada con

que…!

—Tranquilícese, Laserre nos dejó las pistolas. Ya le digo que podremos aguantar aquí hasta que comience el deshielo… La primavera ha llegado, éstas son las últimas nevadas… Quince o veinte días más, y podremos salir a descubierto, donde seremos vistos por alguien que vuele encima de nosotros… ¿Está más tranquila?

—Sí… sí.

Charlie vaciló, pero se quitó de encima de Mae, al fin.

—No ha debido hacer eso, señora Roark —musitó.

—Perdóneme… ¡Charlie, perdóneme! Le vi durmiendo, y yo no podía dormir, porque me dolía mucho el ojo… Y pensé… pensé que era por su culpa, y…

—Está bien. Pero ya le he dicho que no fue intencionado, y usted ya debería saberlo, de todos modos…

—Perdóneme, perdóneme…

Charlie se pasó la lengua por los labios. No estaba en absoluto tranquilo. Pero recogió la manta de ella, y se la tiró.

—Siga durmiendo, señora Roark…

—¡No puedo dormir!

—Pues descanse. No piense en nada, y quizá consiga dormirse.

—Sí… Sí, Charlie, sí…

—Es lo mejor, descanse.

—Charlie…

—¿Sí, señora Roark?

—Me… me he visto en… en el cristal de una ventanilla y… No es sólo lo que me duele, es que… es que parezco… un monstruo.

—No diga tonterías, señora Roark —intentó sonreír el bueno de Charlie—. Lo que ocurre es que ahora la herida es muy aparatosa, pero cuando cicatrice casi no se verá nada. En cuanto el ojo… Bueno, ¿no ve nada con él?

—No. Nada.

—Seguramente también se podrá curar, ya verá. Sólo tiene que tranquilizarse, tener un poco de paciencia y dentro de tres o cuatro semanas, todo esto estará olvidado.

—¿No le parezco un monstruo?

—No… Claro que no.

Mae sonrió…, y el resultado le pareció horrible a Charlie.

—Charlie, tengo… tengo mucho frío…

—Pondré más leña al fuego.

—No… no se trata de eso…

—¿De qué se trata?

—Quisiera sentirme protegida.

Charlie contemplaba ahora estupefacto a la joven señora Roark. ¿Lo estaba oyendo bien? ¿Lo estaba entendiendo bien? Desde que conociera a la señora Roark le había parecido que él era un simple y miserable gusano. Era tan bonita, tan delicada, tan elegante, tan… tan irreal en su belleza… Para Charlie, Mae Roark había sido, precisamente, la representación de lo que él no podría tener nunca.

Y ahora…

Pero ahora… ¡las cosas eran tan diferentes! Empezando por la propia señora Roark, desde luego.

—Pondré más leña al fuego —repitió Charlie.

Dejó de mirar a la muchacha, y avivó el fuego. Luego, se tendió en su manta, siempre evitando mirarla. Durante unos segundos, quizá minutos, sólo se oyó el chisporroteo del fuego. Luego, Charlie oyó el roce en el suelo, y giró, para mirar hacia Mae. La vio muy cerca de él, arrastrándose envuelta en la manta, mirándole fijamente, anhelante.

—¿Qué ocurre? —preguntó el piloto con voz aguda.

—No se acerque más —jadeó Charlie—. ¡No se acerque! ¡No se acerque más! —Una de las pistolas apareció en la mano de Charlie, que apuntó a la cabeza de Mae—. ¡No se acerque más, o la mato!

—Charlie…

—¡Vuelva a su sitio! ¡Vuelva allá, y no se mueva en toda la noche!

—Entonces… ¡soy un monstruo!

—Señora Roark, no es eso… Usted no comprende…

—Eres tú quien no comprende. Me siento como destruida.

—¡No necesita nada que yo pueda darle!

Mae Roark estuvo unos segundos mirándole fijamente. Por fin, lentamente, se alejó de Charlie Fenton, se envolvió en la manta, vuelta de espaldas a él y ya no se movió en toda la noche.

En toda la noche.

Charlie lo supo muy bien, porque ya no pudo volver a dormir.

CAPÍTULO X

LO primero que vio Mae Roark al abrir el ojo izquierdo, fue el cadáver de Jacques Laserre, puesto que estaba vuelta hacia la proa de la avioneta.

Continuó inmóvil, mirando aquella masa blanca y velluda. No exactamente blanca; sino azulada. La nieve se había derretido durante la noche, de modo que el cuerpo del canadiense se ofreció a la mirada de la muchacha, plegado, retorcido. Tardó unos diez segundos en identificar qué era «aquello».

Y cuando lo hubo identificado plenamente, se sentó de un salto, lanzando un grito. Charlie, que la estaba mirando tan fijamente que no se había dado cuenta de que la fina capa de nieve hacía ya horas que se había derretido, respingó sobresaltado al verla sentarse, y, enseguida, supo por qué, al desviar rápidamente la mirada hacia. Laserre.

Despacio, por fin, Mae volvió la cabeza hacia él.

—Lo mató. —Susurró—. No es cierto que se fuese, usted lo mató…

—Lo odiaba —dijo Charlie.

Así de repente. Se sorprendió a sí mismo con estas palabras: lo odiaba. Pero Mae Roark no necesitaba más explicaciones, porque ella también odiaba. Odiaba a Charlie Fenton como nunca había odiado a nadie… No era cierto que ella hubiese dormido toda la noche, sino que la mayor parte de las horas, hasta poco antes del tardío amanecer, las había pasado pensando en su odio hacia Charlie, que la estaba viendo convertida en un monstruo, y había rechazado consolarla, tranquilizarla, alejándola de él, como si fuese… Sí, un monstruo, una bestia.

Mae Roark podía entender perfectamente a Charlie, sí.

—¿Y por qué lo tiene aquí dentro? —preguntó.

Charlie se pasó la lengua por los labios.

—Al principio, pensé que… que tendríamos que comer algo, y que… Bueno, pensaba que cuando ya no pudiésemos resistir más comeríamos de él.

Mae no se inmutó lo más mínimo.

—¿Y vamos a hacerlo? —susurró.

Charlie se estremeció.

—No… He pensado…

—¡Pero tenemos que comer algo, tenemos…!

—Déjeme que le explique, señora Roark, he pensado que en lugar de comer carne humana, podemos comer carne de lobo. Le diré lo que vamos a hacer: echaremos fuera el cuerpo de Laserre, y los lobos acudirán no tardando mucho, se lo garantizo. Como el cadáver estará junto a la avioneta, no tendrán más remedio que acercarse si quieren devorarlo. Entonces, yo dispararé ahuyentando a los lobos y matando a uno: ése será el que nos comeremos. No sé a qué sabrá la carne de lobo, pero no podría tragar un solo bocado de… de Laserre. Antes, me moriría de hambre.

—¿Cree que podrá matar a un lobo?

—Desde luego. Los demás huirán, así que podremos subirlo aquí, despellejarlo con el cuchillo, y mantener la carne en buenas condiciones cubriéndola de nieve. Seguramente, tendremos suficiente comida hasta que podamos marcharnos.

Mae quedó perpleja. ¿Marcharse? Sí, ésa era la idea fija, desde luego. Pero… marcharse… ¿para qué? Oh, sí, era muy probable que si salían del bosque fuesen vistos desde el aire y los salvasen. Pero esa salvación significaría que a ella, convertida ahora en un monstruo, la llevarían ante un tribunal, para acusarla de la muerte de su marido, Melville Roark. Lo del hacha quizá podría arreglarlo de algún modo… Podía decir que fue Gordon quien mató a Melville, en una discusión, o algo así… Podía encontrar alguna explicación que, aunque no fuese muy convincente en cuanto a su inocencia, dejaría muchas dudas en el jurado. Quedaría libre, heredaría el dinero de Melville, y se haría operar… Aún podía salvarse algo.

Pero, si Charlie Fenton decía todo lo que sabía, el jurado ya no tendría dudas sobre su culpabilidad.

—Está bien —admitió—. Puede que lo consiga, Charlie.

—Ya verá como sí. Y cuanto antes lo hagamos, mejor.

—Sí… sí, cuanto antes, mejor. Le ayudaré.

—No es necesario: todavía puedo con Laserre yo solo.

Fue hacia allá, asió a Laserre por los sobacos, y quiso alzarlo, de modo que cayese de vientre sobre sus hombros. Pero, con algo no había contado Charlie: el cadáver ya no estaba caliente, sino congelado, así que al moverlo lo hizo en bloque como si fuese una pieza… Una pieza trágica, grotesca, horrible.

—Se… será mejor que… que me ayude —tartamudeó Charlie.

Mae se acercó, en silencio. Entre los dos empujaron el plegado cadáver, como si fuese una piedra, desplazándolo hacia la portezuela. Lo dejaron delante mismo y Charlie dedicó medio minuto a mirar al exterior, asegurándose de que no había peligro en abrirla. Convencido de ello, la abrió completamente.

—Empuje —dijo.

Empujaron los dos, y el cadáver de Laserre cayó sobre la nieve con blando sonido debido a la escasa altura de apenas cuatro pies y al blanco acolchado que se tenía de color rosado del amanecer. Charlie cerró rápidamente la portezuela, y sacó una de las pistolas, asegurándose de que todo estaba bien en ella.

—No tardarán en venir —aseguró.

Tuvo razón.

Sin duda, los lobos sabían que allá había todavía comida, así que no se decidían a alejarse del lugar. Esperaban. No hay nadie tan paciente como un animal hambriento. Cuando está hambriento, y sabe que en determinado lugar puede conseguir comida, se dedicará a esperar el tiempo que sea necesario: horas días o semanas, mientras tenga vida.

Así que los lobos acudieron, en efecto.

Primero aparecieron tres, acercándose cautamente, con el rabo bajo, inconfundible su caminar, que a los ojos de los entendidos sirve para diferenciarlo del perro sin lugar a dudas. Un caminar algo ladeado de las patas traseras, como si de un momento a otro fuesen a dar con sus cuartos traseros en el suelo. Pero no es así… Hay pocos animales tan poderosos como un lobo, en todo momento. Así que, a pesar de su aparente torpeza, no había que engañarse respecto a los dos primeros visitantes.

Luego, apareció uno solo, por otro punto. Después, tres más, y otros dos, y tres más… La manada había aumentado evidentemente.

Aparecían en silencio, echadas las orejas hacia atrás, venteando,

desconfiando…, pero acercándose, describiendo círculos, retrocediendo, volviendo a avanzar. No habían aullado ni una sola vez.

Pero de pronto se oyó el aullido, tremolante, casi plañidero, en otra parte, y, por detrás de un abeto, apareció el viejo y sarnoso lobo gris, que, sin ninguna precaución, se lanzó a todo correr hacia la comida que se ofrecía ante él.

Inmediatamente, los demás lobos reaccionaron. Todos a una se abalanzaron hacia Laserre, llegando a su lado en pocos segundos, al mismo tiempo prácticamente que el lobo gris, el cual solamente pudo lanzar una dentellada… Una sola, pero terrible, que hizo mella en el cuerpo de Laserre visiblemente. Pero sus dentelladas, comparadas con las de los demás lobos, eran flojas, carecían de fuerza, y esto lo sabía el resto de la manada, que la emprendió a dentelladas con el lobo gris, alejándole una y otra vez, y, al mismo tiempo, disputándose entre ellos la comida.

Con una fiereza tal, que por encima de ellos, contemplando la escena a través del grueso cristal de una ventanilla, Charlie Fenton, ni siquiera recordaba ya sus propósitos, helado de espanto, desorbitados sus ojos, temblando su barbilla. Y lo más aterrador era que no conseguía dejar de mirar… Movió la mano hacia su frente, en un gesto instintivo de angustia, y entonces vio la pistola en ella.

Respingó, tragó saliva, y tras un estremecimiento de todo su cuerpo, se dispuso a cobrar también su pieza. Los lobos estaban tan inmersos en aplacar su hambre que no se darían cuenta de nada, ni mirarían hacia la portezuela hasta que él ya hubiese disparado, y matase a uno, asustando, ahuyentando a los demás.

Abrió la portezuela a medias, alzó el brazo armado…, y recibió por la espalda un fortísimo empujón por parte de Mae Roark, que no pudo hacer nada.

Salió despedido violentamente, y cayó en el centro de la manada, justo sobre los restos de Jacques Laserre, gritando despavorido.

Pero hubo un recrudecimiento de aullidos y gruñidos, y el grito de Charlie Fenton dejó de oírse inmediatamente.

Luego, entre gruñidos siempre, se oyó el crujido de gruesos, el choque de poderosos dientes contra poderosos dientes…

Mientras arriba, dentro de la avioneta, apoyada de espaldas en

la portezuela que se había apresurado a cerrar, Mae Roark jadeaba:

—Así aprenderás… ¡Así aprenderás!

Sentada ante el fuego, Mae Roark reflexionaba sobre lo que podía hacer. Los lobos se habían marchado hacía ya mucho, dejando al pie de la avioneta dos montones de huesos, jirones de ropa, dos pistolas, una navaja…

Hacía mucho que se habían ido.

Ahora, llegaba de nuevo la larguísima noche, y Mae Roark se encontraba sin nada que comer, y con sólo dos o tres ramas de abeto para aumentar el fuego aquella noche. O sea, que no tendría suficiente. Tenía que salir a buscar leña. Recogería las dos pistolas, y la navaja de Charlie. Con ésta, cortaría algunas ramas. Con aquéllas, tenía ya pensado lo que iba a hacer…

Sabía que el viejo lobo gris volvería a la avioneta, se pondría de patas, y la miraría, con aquellos ojos llenos de resplandor rojo. Era el único que no había comido que seguramente seguía por allí, esperando una oportunidad. Los demás, satisfechos sus estómagos, no debían acordarse de ella en aquellos momentos, y seguramente no lo haría en un día o dos. O más. Los lobos aguantan muy bien el hambre.

Pero no el viejo lobo gris, que no había probado más que un miserable bocado. Ése volvería cuando oscureciese, como las veces anteriores, y se asomaría a mirarla… Entonces, ella le dispararía a la cabeza a través del cristal, y lo mataría. Inmediatamente, lo subiría a la avioneta… ¿Cuánto debía pesar? Era muy fuerte, sin duda, pero estaba muy delgado.

—No creo que llegue a las cien libras… —reflexionó Mae—. Podré con él.

Ahora que recordaba: el viejo y gigantesco lobo gris estaba sarnoso. ¿Iba a comer carne sarnosa? Se estremeció, rechazando la idea… No, no, no… ¡No podría hacerlo! Claro que asando la carne quizá no notaría nada… ¡Y tenía que comer algo, porque se iba sintiendo cada vez más débil, y la cabeza le daba vueltas con demasiada frecuencia, y los oídos le silbaban, la vista se le iba…! ¡Tenía que comer, y pronto!

También podía matar al lobo gris, y esperar un poco más, a que acudiesen los demás lobos junto a la avioneta. Les echaría el cadáver de su compañero, y, siguiendo la idea de Charlie, mientras

lo devoraban ella mataría a uno que no estuviese sarnoso… Sólo que entonces, quizá los lobos se comiesen al que no estaba sarnoso también, o a los dos…

—Lo primero es conseguir las armas y más leña —se dijo finalmente Mae—. Luego ya veremos.

Estuvo no menos de cinco minutos mirando a todas partes por las ventanillas, antes de decidirse a abrir. No había ningún lobo a la vista. Ni uno solo. Todo estaba en calma, en silencio… Y si aparecían los lobos desde algún punto que ella no alcanzase a ver ahora, tendría tiempo de regresar a la avioneta y encerrarse en ella.

Finalmente, miró los restos junto a la avioneta.

Abrió la portezuela, vaciló todavía unos segundos, y por fin saltó junto a los huesos. Inmediatamente, recogió las dos pistolas y la navaja, y miró a su alrededor, tensa.

Ni uno solo.

Éste es el final

ESTABA allí, esperándola, no cabía la menor duda. La miraba fijamente, con aquellos puntos rojos de fuego en sus ojos… No producía el menor sonido, ni siquiera un jadeo, un gruñido. Simplemente, la había esperado allí dentro, para que nadie le impidiese comer esta vez, y la miraba.

Eso era todo.

Mae Roark ni siquiera tenía fuerzas para gritar, menos aún para moverse. Estaba helada por el más grande miedo de su vida. Un miedo, un terror tal, que se podía decir que ya estaba muerta. Pero no… No debía estar muerta, porque veía. Veía la gran cabezota gris llena de sarna, los amarillentos colmillos salteados, las negras fauces, los ojos demoníacos fijos en ella. Tenía mucha más sarna de lo que le había parecido. Y era mucho más grande de lo que le había parecido. Un enorme, en verdad gigantesco y poderoso lobo gris que, si bien para los suyos era ya un anciano, para un ser humano era una fiera invencible.

La mandíbula inferior de Mae Roark, comenzó a temblar cuando el lobo gris dio el primer paso, cauteloso… Ya no tenía prisa…

—Me… Me… Melville, no… no… lo hagas, no…

El lobo quedó inmóvil, como sorprendido ante el sonido de la voz humana, casi asustado, al parecer.

—Melville —jadeó tartamudeando—. Yo te amo… Fue él… Fue Gordon quien quiso hacerlo, yo… yo no quería, yo… Te amo, te amo, Melville…

El lobo gris saltó en aquel momento. El terrible, poderoso, viejo y sarnoso lobo gris. Al parecer no le interesaba el amor de aquel ser… O quizá era que no se llamaba Melville, y no pudo darse por aludido.

Es decir, que Mae Roark se había metido en la boca del lobo.

Y… nunca mejor dicho.

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle.